8282

FEDERICO REPARAZ

LA PASADERA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

Madame Fred Gresac y Monsieur Francis de Croisset

ADAPTADA A LA ESCENA ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

LA PASADERA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

Madame Fred Gresac y Monsieur Francis de Croisset

adaptada á la escena española

POR

FEDERICO REPARAZ

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de San Sebastián, el 17 de Febrero de 1906, y en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid, el 24 de Diciembre del mismo año



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1907

REPARTO

		EN MADRID		EN SAN SEBASTIÁN
JACOBINA GAUTHIER	Sra.	Guerrero.	Srta.	Palma.
ELENA DE MOULIN..		F. de Salverda.		Rodríguez.
ROSALÍA............		Salvador.		Envid.
VICTORIA............	Srta.	Bedoya.		Cuzzani.
ROGER DE GARDANNES................	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)	Sr.	Reig.
JUAN BIENAIMÉ.....		Cirera.		Estrella.
BAUTISTA		Juste.		Alonso
PLANCHET...........		Gil.		Carrascal.

Acto primero, en el bufete de Bienaimé, en París.—Actos segundo y tercero, en una villa á orillas del lago de Ginebra.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Despacho del abogado Bienaimé. Segunda derecha, puerta que conduce al interior de la casa. Segunda izquierda, puerta que da al bufete. Primera izquierda, chimenea, y espejo sobre la repisa de la misma. En el foro, una ventana grande, moderna con cristales de colores. A derecha é izquierda de la misma, dos armarios libreros, y encima de ellos, dos bustos de Demóstenes y Cicerón. Primera derecha, mesa de despacho con silla giratoria. Delante de ella, una butaca. Mobiliario severo y lujoso.

ESCENA PRIMERA

PLANCHET. Después BIENAIMÉ

(Al levantarse el telón, Planchet se halla colocando algunos volúmemenes en la librería del foro, después se dirige hacia la segunda izquierda, al tiempo que entra Juan Bienaimé. Este le entrega su sombrero y su bastón, los cuales coloca en una silla del foro.)

BIEN. Planchet, ¿ha venido alguien? (Se aproxima á la mesa, se quita los guantes y coge unas cartas.)

PLAN. No. El señor Barón de Gardannes vendrá á á las doce. Le urge tanto ver á usted que ha telefoneado tres veces en menos de media hora.

BIEN. En cuanto llegue, que pase, y hasta que no se vaya no recibiré á nadie.

PLAN. Por teléfono me ha dicho también el señor

25705-8

Barón, que casi al mismo tiempo que él, vendrá á ver á usted una señora.

BIEN. ¿Una señora? ¿Cómo se llama?

PLAN. (Aproximándose á la mesa, sonriendo.) ¡El señor Barón no me ha dicho su nombre!

BIEN. (Levantando la vista y quitándose los quevedos, interrumpiéndole.) ¡Bueno, bueno!

PLAN. (Se dirige hacia la segunda izquierda; medio mutis.) Perdone usted: ya se me había olvidado. Ahí está una señorita que desea hablar con usted.

BIEN. Ya te he dicho que ahora no estoy para nadie.

PLAN. Pero es que ha insistido, y hace rato que está esperando. Afirma que usted la recibirá en cuanto sepa quién es.

BIEN. ¿Cómo se llama?

PLAN. La señorita Jacobina Gauthier.

BIEN. (Alegre.) ¡Mi ahijada Jacobina!

PLAN. ¿Quiere usted recibirla?

BIEN. ¡Ya lo creo! ¡Que pase inmediatamente! (Planchet vase segunda izquierda.) ¡Jacobina en París!

ESCENA II

BIENAIMÉ y JACOBINA

JAC. (Por la segunda izquierda; viste traje estilo sastre, apropósito para la transformación que ejecuta en la escena penúltima de este acto. Lleva en la mano un saquito de viaje, que deja sobre una silla, para arrojarse al cuello de Bienaimé. Después de abrazarle cariñosamente.) ¡Padrino, bien sabía yo que usted me recibiría!

BIEN. ¡Pues no faltaba más...! ¡Qué sorpresa tan agradable! Hijita, ¿cómo no me has anunciado tu llegada? (Ambos se sientan, á la izquierda.)

JAC. Porque quizás me hubiera usted aconsejado que no me moviera del Havre, mientras que ahora...

BIEN. ¿Qué?

JAC. ¡Es demasiado tarde! Mis baules están en la estación y el resto del mobiliario llegará dentro de unos días. Vengo á fijar mi residencia en París.

BIEN. (Sorprendido) ¿Te vienes á vivir...?

JAC. ¡Sí, á París! Desde la muerte de mi querido padre, no me era muy agradable la vida en una capital de provincia. Además, una mujer joven y completamente sola...

BIEN. Dispensa... pero, ¿y la boda de que me hablabas en tus últimas cartas?

JAC. ¡Se ha deshecho!

BIEN. ¡Un hombre que, según tú, estaba tan enamorado...!

JAC. ¡Y en efecto, estaba muy enamorado, pero no de mí, sino del bufete de papá! ¡Adoraba el bufete, y creía que se lo llevaría en dote! Pero á la liquidación... (Gesto indicando que desapareció.)

BIEN. (Asombrado.) ¿Luego estás...?

JAC. ¡Arruinada, padrino; completamente arruinada! ¡Toda mi fortuna consiste en dos mil cuatrocientos treinta y tres francos, cincuenta céntimos!

BIEN. ¿De renta?

JAC. De capital.

BIEN. ¡Eso es la miseria!

JAC. ¡Si hubiera usted visto la cara de mi prometido cuando se lo dije!

BIEN. ¿Qué hizo?

JAC. (Riendo.) ¡Volatilizarse!

BIEN. ¿Tomas la cosa á broma?

JAC. ¿Qué voy hacer?... Si hubiera sido más rica se hubiera casado conmigo... ¡Viva la pobreza, que me libra de semejante marido!

BIEN. ¡Tienes razón! Pero me dejas completamente atónito. El bufete de tu padre marchaba muy bien.

JAC. No tan bien, desde la muerte de mamá.

BIEN. ¡Ah!

JAC. ¡Papá se ocupaba muy poco de él!... ¡Venía muy á menudo á Paris!

BIEN. Es cierto, y aquí derrochaba de lo lindo. ¡Pero como tenía una gran fortuna...!

JAC. (Con intención.) *¡Sí, la tenía!*

BIEN. Y con la dote que tu madre le aportó al matrimonio...

JAC. ¡Trescientos mil francos!

BIEN. ¡Y una magnífica casa en París!

JAC. ¡Que ha sido vendida!

BIEN. ¿Y la casa del Havre?

JAC. ¡Cubierta de hipotecas!

BIEN. (Escandalizado.) Pero, ¿cómo se ha comido todo eso? ¿Jugaba, especulaba...?

JAC. (Turbada.) No, únicamente...

BIEN. ¿Qué?

JAC. No sé cómo decirlo. Creo que papá era... *demasiado joven* para su edad.

BIEN. (Sorprendido.) ¿Opinas que...?

JAC. ¡Vamos, padrino! Bien sabe usted cómo era papá... Supongo que no me creerá usted tonta...

BIEN. ¡Nada de eso!

JAC. ¡Mi padre era el mejor de los padres... simpático, alegre, cariñoso... pero... en una palabra, tenía un gran corazón! ¡Un corazón que podríamos calificar de... excesivamente grande! ¡Como uno de esos hoteles en que hay espacio para varias familias á la vez! (Ambos sonríen significativamente.)

BIEN. ¡Hizo muchas locuras!

JAC. ¡Muchas!... ¡Cuando me tuve que hacer cargo de todo, no encontré más que cuentas de todas clases: de modistas, de tapiceros, de joyeros!... ¡Una verdadera nube!

BIEN. ¡Demonio!

JAC. Desde hace dos años, el bufete no producía nada. Antes al contrario...

BIEN. ¿Por qué?

JAC. Porque papá defendía gratis á todas sus clientes.

BIEN. (Sorprendido.) ¿Gratuitamente?

JAC. Sí, á toda su clientela femenina. Y no solamente no cobraba honorarios, sino que pagaba, además, el papel sellado.

BIEN. (Sobresaltado.) ¿El papel sellado también? ¡Entonces no me asombra que no haya dejado nada! ¿Y qué piensas hacer ahora?

JAC. Hallar una colocación digna con que ganarme el sustento. Usted me ayudará, ¿no es cierto, padrino?

BIEN. ¡Ni que decir tiene!... ¡Cuánto siento que no seas un chico!

JAC. (Riendo.) ¡Más lo siento yo, pero eso ya no tiene remedio! Dígame usted, ¿qué puede hacer en el mundo una mujer de físico agradable...?

BIEN. (Sonriente.) ¡Eres modesta!

JAC. (Prosiguiendo.) ¿...Que ha recibido una buena educación, una instrucción superior... que toca bien el piano, pinta y, además, es una excelente mujer de su casa?

BIEN. ¡Cuanto pueda desear el más exigente! Pues mira, hija, lo mejor que puede hacer una joven es... (Titubeando.) no sé qué decirte.

JAC. ¿Es que no hay profesiones femeninas honrosas?

BIEN. Sí, pero no son ni muy lucrativas ni muy agradables. (Pausa.) ¿Te gustaría ser maestra de escuela? Yo te encontraría en seguida una colocación.

JAC. ¿Con qué sueldo?

BIEN. Pues con la protección del inspector, de un senador, de algunos diputados y de varios concejales, llegarías rápidamente á ganar mil doscientos...

JAC. (Sobrecogida.) ¿Mil doscientos?

BIEN. Con la protección del inspector.

JAC. ¡Cien francos mensuales! ¿Qué quiere usted que haga yo con esa cantidad?

BIEN. Pues... vivir .. comer... vestirte...

JAC. ¡Eso es irrisorio!

BIEN. Las institutrices están mejor pagadas... ¡Si encontrásemos una buena casa...!

JAC. ¡Nunca en mis días! Toda clase de molestias... y entre los caprichos de los niños, la tiranía de los padres, los celos de la señora, si es una del agrado del señor, y las persecuciones amorosas del preceptor de los niños, ó del imbécil del cuñado que se cree que todas se enamoran de él... ¡Otra cosa, padrino, otra cosa!

BIEN. ¿Señorita de compañía?

JAC. (Haciendo una mueca de disgusto.) ¡Gastar inútilmente el tiempo en ser agradable á una vieja...! ¡Eso es pasarse la vida en tonto! Preferiría el comercio, entrar en un gran almacén,.. en el Louvre, en el Bon Marché, por ejemplo... en esos hay porvenir, se llega en ellos á tener grandes sueldos...

BIEN. ¡Se llega, se llega...! A condición de hacerse simpática al jefe de la dependencia, al gerente, á alguno de los dueños...

JAC. ¡No diga usted más!... Por otra parte tampoco me era agradable estar de pie todo el santo día...

BIEN. Mejor será una plaza de cajera...

JAC. (Con cómica indignación.) ¡Cajera! ¿Estar todo el día sentada una mujer de mis nervios? ¡Qué aburrimiento! (Se levanta y pasa á la derecha.)

BIEN. (Riendo.) ¡Diantre, no quieres estar ni de pie ni sentada, y eso complica el asuto!

JAC. ¿Acaso no hay ninguna más? (Aproximándose de nuevo á Bienaimé.)

BIEN. Las profesiones artísticas. El teatro, por ejemblo.

JAC. No sé si serviría, pues he oído que ahí es muy difícil llegar...

BIEN. ¡No! Contando con el empresario, los periodistas, los abonados, los compañeros influyentes.. Y añade á esta lista, si se trata de un teatro subvencionado, la comisión de Bellas Artes, el interventor, el inspector, el director de Bellas Artes..

JAC. ¡Basta, basta, por Dios, padrino! ¡Son demasiados! ¿Pero, entonces, el programa feminista: «La mujer es tan independiente como el hombre, y se basta á sí misma?»

BIEN. ¡Los programas son todos iguales!

JAC. Conclusión: que para la mujer no hay más que una carrera verdaderamente ventajosa: el amor.

BIEN. No me he atrevido á indicártela.

JAC. Y para explotar esa carrera tenemos que elegir entre el matrimonio y la galantería... Yo elijo el matrimonio. ¡Padrino, es

indispensable que usted me busque un marido!

BIEN. (Desconcertado.) ¿Yo? ¿Dónde diablos quieres que lo encuentre?

JAC. (Riendo.) ¡Usted verá! Pero fíjese usted que no ha de ser un anciano, un inválido, ni un imbécil... sino un hombre á quien yo pueda amar.

BIEN. Precisamente, ahí está la dificultad.

JAC. (Insistiendo.) Buscando bien, quizás alguno de sus clientes divorciados...

BIEN. Esos son los más difíciles. En fin, veremos. Tú aún puedes esperar algún tiempo.

JAC. Lo que duren mis dos mil cuatrocientos treinta y tres francos.

BIEN. Descuida, que no dejaré el asunto de la mano. (Llamando en el timbre de la mesa.) Por supuesto que almorzarás hoy conmigo.

ESCENA III

DICHOS y VICTORIA; después PLANCHET

VIC. (Por la segunda derecha.) ¿Qué desea el señor?

BIEN. Instale usted á esta señorita en la habitación de los huéspedes.

VIC. Bueno, señor. (Llaman en la segunda izquierda.)

BIEN. ¡Adelante!

PLAN. El señor Barón de Gardannes, acaba de llegar.

BIEN. Soy con él al momento. (Planchet vase segunda izquierda.)

JAC. Muchas gracias, padrino, y hasta ahora.

BIEN. Adiós, hijita.

JAC. (Desde la puerta.) No se olvide usted de mi encargo. (Cogiendo el saquito de viaje; medio mutis, aproximándose á Bienaimé, á media voz y con coquetería.) ¡Mi tipo son los morenos! (Vase segunda izquierda seguida de Victoria.)

BIEN. ¡Qué muchacha tan encantadora!

ESCENA IV

BIENAIMÉ y ROGER

ROGER (Por la segunda izquierda; de unos treinta años; mirada viva, algo gomoso en su manera de vestir, usa monóculo; aproxímase rápidamente á la mesa de la primera izquierda.) ¡Buenos días! (Estrechando la mano de Bienaimé por cima de la mesa.)

BIEN. (Levantándose.) ¿Qué te pasa? Parece que estás algo nervioso.

ROGER ¡Excitadísimo, soy el hombre más feliz que hay en el mundo!

BIEN. ¡Que sea enhorabuena!

ROGER ¡Pero á la vez estoy sumido en la mayor desesperación!

BIEN. Lo siento en el alma.

ROGER (Vivamente.) ¿Ha venido á preguntar por mí una señora?

BIEN. ¿Una señora? ¡Já, já, já! (Riendo á carcajadas.)

ROGER (Con gran dignidad.) Mira, Juan, tú eres mi mejor amigo, pero también eres mi abogado. Hoy es al abogado á quien vengo á consultar.

BIEN. Perdona, Roger, y ten la bondad de sentarte. (Después de una breve pausa, ambos se sientan.)

ROGER ¿Te acuerdas de la señora de Moulin?

BIEN ¿Aquella morena tan simpática?

ROGER (Con éxtasis.) ¡Una mujer divina! ¡Una morena preciosa! ¡El tipo verdaderamente ideal de mujer!

BIEN. En efecto, es hermosísima. (Acercando su silla.)

ROGER Su cuerpo, es á la vez, esbelto y soberano, sus ojos crueles y cariñosos, su nariz verdaderamente clásica y sus labios...

BIEN. (Interrumpiéndole.) ¡Una verdadera Venus de Milo!

ROGER (Vivamente.) ¡Pero con brazos! (Sacando un cigarro y encendiéndolo.) La última vez que nos vimos, creo que te dije que una mujer hermosa y coqueta era el único tipo posible

para mí Si no estoy equivocado, fué á propósito de aquella cupletista.

BIEN. (Con naturalidad.) Efectivamente, me hablaste sobre el particular, pero no en calidad de abogado.

ROGER Pues ahora, amigo mío, he cambiado por completo de opinión. (Inclinándose algo hacia adelante, como si fuera á hacer una declaración importante.) ¡Elena de Moulin, ha regresado á París!

BIEN. ¿Y está relacionado el caso que deseas consultarme con esa señora?

ROGER (Con importancia.) ¡Intimamente!

BIEN. ¿No vivió en el verano de mil novecientos dos junto á la casa de campo de tu difunto tío?

ROGER Sí.

BIEN. ¿Luego fué allí...?

ROGER Donde la conocí y donde me enamoré perdidamente. ¡No hay en el mundo nadie que haya visto á Elena en aquel jardín con una bata blanca elegantísima y su pamela y sea capaz de resistir ante sus encantos personales!

BIEN. ¡Ah! ¿Luego tu difunto tío Juan?...

ROGER Siento mucho tener que manifestarte... aunque eso en nada ofende la memoria de mi pobre tío... que éste cobró un odio inexplicable á la señora de Moulin.

BIEN. (Con intención y sonriendo.) ¡Probablemente no le vería nunca en el jardín con bata blanca y sombrero de paja de Italia!

ROGER Vamos, habla con formalidad. Mi tío hizo los imposibles para impedir que yo amase á Elena.

BIEN. ¿Y lo consiguió?

ROGER Por el momento. Ya sabes que yo poseía únicamente doce mil quinientos francos de renta anual; mi tío podía fácilmente desheredarme, y cuando Elena supo esto...

BIEN. ¿Te dió calabazas?

ROGER No. Elena es la mujer más desinteresada del mundo. Pero en cuestiones de intereses... es... es...

BIEN. ¿Prudente? (Roger mueve la cabeza dubitativamente, mientras Bienaimé sonríe con malicia.)

ROGER (Prosiguiendo.) Y como asegura que el dinero no tiene importancia para ella, no quiso que por su culpa sufriese perjuicios en mi porvenir. Esa fué la verdadera causa que la impulsó repentinamente á emprender un viaje por el extranjero.

BIEN. ¿Y tú la seguiste?

ROGER No, porque á los pocos días cayó enfermo mi tío, y cuando murió, diez meses después, dejándome toda su fortuna, yo había olvidado...

BIEN. ¿A la señora de Moulin?

ROGER No, lo que yo había olvidado eran sus señas. No la volví á ver hasta que, por una verdadera casualidad, la encontré hace tres días en los Campos Elíseos, al bajar de su coche, y hoy soy su prometido...

BIEN. ¿Y no es quizá demasiado pronto?...

ROGER (Vivamente.) ¿Pronto, después de dos años? ¿Pero hay alguien en el mundo que haya visto á Elena con un traje lila al bajar de su coche en los Campos Elíseos y sea capáz de resistir ante sus encantos personales?

BIEN. ¿Y Elena te ha sido fiel durante ese tiempo?

ROGER Sí, relativamente hablando.

BIEN. ¿Relativamente hablando?

ROGER ¡Sí, Elena me ha amado siempre, estoy plenamente convencido!

BIEN. ¿Pero, cómo lo sabes?

ROGER Porque ella me lo dijo en los Campos Elíseos.

BIEN. ¡Ah!

ROGER Mientras tanto ha estado en relaciones con nuestro amigo Roberto Vincent, el bolsista. Pero en el instante en que me vió, com prendió su error... Ya ves, Vincent, que asegura estar enamorado de todas las mujeres...

BIEN. ¡Como todos los hombres de talento!

ROGER Pero además, cree que todas las mujeres están enamoradas de él.

BIEN. ¡Como todas los imbéciles! (Pausa.)

ROGER En todo lo anterior no habrás hallado nada de particular...

BIEN. (Con énfasis.) ¡Absolutamente nada! (Cambiando de tono.) Pero, ¿qué deseas consultarme?

ROGER A eso voy. Mi tío me dejó toda su fortuna en su testamento.

BIEN. ¡Una fortuna colosal! ¡Cuatrocientos mil francos de renta!

ROGER Y por esa causa yo siento el mayor respeto y la más profunda gratitud hacia la memoria de mi pobre tío...

BIEN. ¡Es natural!

ROGER ... Pero no puedo pagar igual tributo á la integridad de sus facultades intelectuales.

BIEN. (Atónito.) ¿Eh?

ROGER Aludo á su inexplicable odio contra Elena, que ahora se interpone en mi camino, impidiendo nuestro matrimonio.

BIEN. ¿Por qué?

ROGER ¿No recuerdas las cláusulas testamentarias?

BIEN. No.

ROGER (Buscando en su bolsillo.) Pues oye. (Sacando unos papeles y leyendo.) «Cláusula segunda: Si mi dicho sobrino, el señor Barón de Gardannes, continúa soltero el día treinta y uno de Diciembre de mil nuevecientos cuatro, la institución de heredero que le hago, por este mi testamento, quedará completamente anulada y los bienes que quedasen á mi muerte pasarán íntegros y serán distribuídos entre los pobres.»

BIEN. (Con extrañeza.) ¿Y qué?

ROGER Espera. (Prosiguiendo la lectura.) «Cláusula tercera: En el caso de que mi dicho sobrino contraiga matrimonio antes del treinta y uno de Diciembre de mil novecientos cuatro, con cualquier mujer que haya estado casada anteriormente y sea viuda de un americano, quedará igualmente anulada la institución de heredero hecha á su favor, y los bienes serán distribuídos entre los pobres.» (Guardando en el bolsillo la copia del testamento.) ¿Comprendes ahora la dificultad con que lucho? Esta es una venganza póstuma...

(Bienaimé tose significativamente.) de mi pobre tío Juan. Elena no solo es viuda, sino que también lo es de un americano.

ESCENA V

DICHOS, PLANCHET. Después ELENA

PLAN. (Por la segunda izquierda, anunciando.) La señora de Moulin. (Entra Elena, bellísima mujer de unos treinta años, alta, morena y vestida con extrema elegancia. Vase Planchet.)

ROGER (Saliendo á su encuentro.) Mi querida Elena...

ELENA Amigo mío...

BIEN (Se levanta.)

ROGER Me parece que hace un siglo que no veo á usted.

ELENA (Sonriendo, con amabilidad.) Hombre, no tanto, desde las diez...

ROGER ¡Pero es que ya son las doce! (Ambos se miran; le besa la mano.)

BIEN. (Tosiendo significativamente.) ¡Ejém!

ELENA (Sobresaltándose al ver á Bienaimé.) ¡Oh! (Indicando á Roger que la presente.) Roger, tenga usted la bondad... (Indicando á Bienaimé.)

ROGER (Presentándoles.) Mi íntimo amigo Juan Bienaimé... Tengo el honor de presentarte á la señora de Moulin. (Elena hace una inclinación.) Ya está en autos de todo. (La quita el abrigo y lo coloca sobre una silla.)

BIEN. ¿Tiene usted la bondad de tomar asiento?

ELENA (Se aproxima y se sienta en la primera derecha. Roger coloca una silla y se sienta junto á ella.)

ROGER (Cogiendo su mano y mirándose en sus ojos.) Elena, se me figura que está usted disgustada.

ELENA ¡Sumamente nerviosa! (Cogiendo una carta y rompiendo el sobre.) ¡Ha sido una mañanita de prueba! ¡He recibido una carta muy desagradable del señor Vincent.

BIEN. (Aparte examinando unos papeles; nervioso.) ¡Era de esperar!

ELENA Señor Bienaimé, siento verdadero horror á

que las gentes me consideren interesada. El dinero no tiene para mí ningún atractivo.

ROGER (Contemplándola con admiración.) ¡Ah!

ELENA Y por esa causa, en el momento que vi de nuevo á Roger, escribí al señor Vincent, (Rompiendo nerviosa la carta.) anunciándole...

BIEN Su próxima boda.

ELENA En efecto. Esta mañana recibí su contestación. Me acusa de que prefiero á Roger debido únicamente á su gran fortuna.

ROGER (Fatuo, con convicción.) ¡Esa es una tontería que salta á la vista!

ELENA ¡Y tanto, pero me mortifica mucho! Hoy verdaderamente no sé lo que me hago... (Coge y estruja otro documento hasta convertirlo en una pelota y después lo deja sobre la mesa.)

BIEN. (Poniendo su mano sobre la de ella.) Dispense usted... (Elena le mira sorprendida.) Son documentos importantes...

ELENA Es que estoy...

BIEN. (Cortés.) Está usted dispensada.

ELENA (A Roger.) ¡También he recibido un anónimo esta mañana...!

ROGER ¡Qué infamia! ¡Yo cuando recibo una carta anónima, ni siquiera me tomo la molestia de abrirla!

BIEN. (Mientras, coge el papel, lo desarruga y lo coloca nuevamente en su sitio. Pausa.) Lo primero que debemos hacer ahora, es examinar cuidadosamente el testamento.

ELENA (Rápidamente.) Aquí tiene usted una copia. (Sacándola del saquito.)

BIEN. (Sorprendido.) ¿Eh?

ELENA Sí, en cuestiones de intereses hay que proceder siempre con excesiva prudencia, y Roger me ha facilitado una copia. (Se la entrega á Bienaimé; éste se sienta y se pone los quevedos.)

ROGER ¿Para qué se ha molestado usted en traerla?

ELENA No hay molestia que yo no soporte gustosa por usted.

ROGER ¡Amor mío! (Besa su mano.)

BIEN. (Examinando el testamento.) ¡El testamento está muy claro!

ELENA ¿Y no hay medio de evadirlo?

BIEN. (Reflexionando.) ¡Ya lo creo! Hay una solución...

ELENA (Con gran interés.) ¿Una solución?

BIEN. (Siguiendo su idea.) Sí.

ROGER Habla.

BIEN. Parto de la base de que ambos estén ustedes profundamente enamorados.

ROGER Yo de Elena, profundamente.

BIEN. ¡Sí, ya sé como estás! ¿Y usted, señora de Moulin?

ELENA ¡Mi vida sin él sería un infierno, y con Roger el cielo! (Roger estrecha su mano y la besa con efusión.)

BIEN. Pues entonces lo mejor es que Roger disfrute únicamente sus doce mil quinientos francos de renta anual y renuncie á la herencia de su tío. Así pueden ustedes casarse prescindiendo del testamento.

ELENA ¿Perdiendo la fortuna?

BIEN. Sí.

ELENA (Soltando la mano de Roger.) ¡Oh!

ROGER (Soltando la mano de ella.) ¡Oh!

ELENA ¡Yo amo demasiado á Roger para permitirle que haga semejante sacrificio!

ROGER ¡Y yo amo á usted demasiado para rogarla que me lo permita! (Levantándose y pasando á la izquierda.)

ELENA (Cogiendo nerviosamente varios documentos y libros de la mesa y arrojándolos al suelo.) ¡Es irritante tener una fortuna colosal!

ROGER ¡Es cruel! (Ayudando á Bienaimé á recoger del suelo los papeles y los libros.)

BIEN. (Los guarda en los cajones y echa la llave; después se sienta sonriente frente á ella en actitud amistosa. Breve pausa.)

ELENA ¿No puede usted aconsejarnos nada más? ¡La principal habilidad de un abogado estriba en saber cómo se burla la ley!

BIEN. (Amable.) Usted exagera... (Leyendo de nuevo el testamento.) ¡Calle! Quizás haya otra solución que sería la más conveniente... (Aparte.) Sobre todo para Jacobina.

ELENA (Con ansiedad.) ¿Cuál?

ROGER Dí. (Sentándose de nuevo.)

BIEN. El testamento dice que el 31 de Diciembre debes estar casado con una mujer que no sea viuda de un americano. (Dejando el testamento sobre la mesa, y quitándose los quevedos.) Bueno, pues cásate con una mujer que no sea ni lo uno, ni lo otro.

ELENA (Atónita, poniéndose de pie.) ¿Eh?

ROGER (Asombrado, poniéndose de pie.) ¿Cómo? ¿Que me case...?

BIEN. (Con calma.) ¡Sí, que te cases.

ELENA ¿La ruptura?

ROGER ¡Eso nunca!

BIEN. (Levantándose y tratando de calmarles.) ¡No! ¡Yo, únicamente, propongo un matrimonio... transitorio!

ELENA ¿Transitorio?

BIEN. O provisional, si prefiere usted la palabra.

ROGER ¿Provisional?

BIEN. Cabalmente. (Roger y Elena se sientan. Bienaimé permanece de pie. Prosiguiendo.) Una vez casado Roger... (Elena da su mano á Roger y éste la besa.) la fortuna de su tío es, irrevocablemente, suya.

ROGER ¡Ah!

BIEN. Y al cabo de poco tiempo se arregla el divorcio de Roger, por acuerdo previo con su mujer, y ya es libre de poder casarse con usted.

ELENA (Levantándose.) ¡Me niego á permitir tal cosa! La sola idea de que Roger se case con otra...

BIEN. (Interrumpiéndola.) ... Qué no sería su mujer en realidad, sino únicamente por fórmula, por cumplir con la ley, y ante los ojos del mundo.

ELENA ¿Pero dónde vamos á encontrar á una mujer que consienta en representar semejante papel?

BIEN. ¡En París se encuentra todo lo que se quiera, sabiendo buscar y pagándolo bien!

ELENA Conformes. ¿Pero todas esas formalidades de casarse, divorciarse y volverse á casar, exigirían mucho tiempo?

BIEN. (Sentándose de nuevo.) Unos dos años...

ELENA (Vivamente.) ¡Yo no acepto tan larga separación!

BIEN. Dispense usted, pero durante ese plazo pueden verse ustedes cuando gusten, puesto que la esposa de Roger no opondría la menor dificultad.

ROGER ¡Tienes razón!

ELENA (Reflexionando.) ¿Y qué garantías tengo yo de que Roger no hará el amor á su mujer?

BIEN. El amor de Roger es la mejor garantía para usted.

ELENA ¡Yo no tengo confianza en los hombres! Son más inconstantes aún que las mujeres.

BIEN. Pues entonces en la esposa de Roger. Yo garantizo á usted que encontraré una mujer virtuosa...

ELENA (Rápidamente.) ¡Bah, la virtud de las mujeres!... (Se tapa vivamente la boca.)

BIEN. Aseguro á usted que la joven á que me refiero...

ELENA (Levantándose nerviosa.) ¿*Joven*? ¿Y además, una *mujer joven?*

BIEN. Para alejar toda sospecha, Roger debe casarse con una mujer presentable...

ROGER (A Elena.) ¡No querrá usted que me ponga en ridículo...!

ELENA (Mirándole indignada.) ¡Conozco á Roger, es sumamente peligroso, y me niego!

BIEN. ¡Lo siento porque creo que podríamos disponer de una muchacha á propósito!

ROGER ¿Joven?

BIEN. ¡Unos treinta años!

ELENA (Tranquilizada.) ¡Bah, una solterona!

BIEN. (Reprimiendo una sonrisa.) ¡Poco menos!

ROGER ¿Linda?

BIEN. ¡Encantadora!

ELENA *¿Encantadora?*... ¡Pues si es encantadora, no quiero!

BIEN. ¿Y si yo la respondo á usted de su absoluta lealtad?

ELENA ¡Bah, una mujer leal! (Comienza á romper, nerviosa, el secante de un rodillo que coge de la mesa.)

ROGER Bueno, pues si usted no tiene confianza en mi amor ni en la lealtad de las mujeres, no hay más que hablar; nos damos por vencidos. (Se dirige disgustado hacia la chimenea.)

BIEN. Espera. (A Elena.) ¿Y si lográramos que una vez terminada la ceremonia, Roger no volviera á ver á su mujer?

ELENA En ese caso tendría confianza en ambos. ¡Realmente yo no soy una mujer que desconfía de todo!

ROGER ¿Pero eso es factible?

BIEN. ¡Ya lo creo! Manifiestas á los invitados y á los testigos que te vas á hacer el viaje de boda con tu mujer. ¡Y te marchas en cuanto termine la ceremonia!

ELENA ¿A pasar la luna de miel? (Sumamente nerviosa.) Eso, ¡jamás, jamás y jamás!

BIEN. ¡Espere usted, que no he terminado! (A Elena.) Usted, por su parte, se dirige á la estación acompañada, por ejemplo, de una señora respetable y á quien pueda usted confiar su secreto.

ELENA Nadie mejor para eso que mi tía Elisa.

BIEN. (Prosiguiendo) ¡Perfectamente! Suben ustedes ambas, como por casualidad, en el mismo departamento que los recién casados, hasta que lleguen todos juntos á la frontera, en donde la mujer de Roger se separa de ustedes y se dirige al punto que previamente convengamos, y Roger y usted,—en compañía de su querida tía—pueden viajar juntos libremente por el extranjero.

ELENA En esas condiciones, acepto.

ROGER ¡Amor mío!

ELENA Pero esa persona comprenderá, que si permite á Roger la más pequeña familiaridad, olvida lo convenido.

BIEN. Indudablemente.

ELENA ¿Y dónde vive la persona á que usted se refiere?

BIEN. ¡Aquí!

ROGER ¿En tu casa? (Sorprendido.)

BIEN. Por ahora, sí. Ha llegado esta mañana del Havre.

ELENA ¡Ah, es una provinciana!

BIEN. (Reprimiendo una sonrisa.) ¡Poco menos!...

ROGER ¿La conoces bien?

BIEN. Es ahijada mía y huérfana además. La po-

bre muchacha ha quedado arruinada de repente y ha venido á verme para rogarme que la busque una colocación.

ROGER ¿Y crees que aceptará?

BIEN. Por tratarse de un asunto que le asegura honestamente su porvenir, creo que sí.

ELENA ¡Habrá que ser generoso!

BIEN. De eso yo me encargo. Se trata de un convenio igualmente ventajoso para ambas partes. Gracias á mi ahijada, podrán ustedes casarse sin sufrir quebrantos en sus intereses, y esa joven obtendrá una dote.

ELENA Perfectamente; quedamos de acuerdo. (Con el rodillo del papel secante en la mano arrancando pedacitos de él.) Pero...

ROGER (Aproximándose á Elena.) ¿Qué?

ELENA Que yo desearía ver antes á esa persona.

BIEN. ¡Nada más fácil! (Llama, entra Victoria.) Diga usted á la señorita que tenga la bondad de venir en seguida. (Victoria vase.) Y ahora hagan ustedes el favor de esperar un instante en la habitación inmediata, mientras yo la pongo al corriente del asunto, si accede... (Llaman) ¡Entren ustedes, es ella! (Ve á Elena que está rompiendo el papel secante, le quita, con amabilidad, el rodillo, haciéndoles pasar á la habitación de la segunda izquierda. Jacobina llama de nuevo en la segunda derecha, cuya puerta se entreabre, saca la cabeza, después entra.)

ESCENA VI

BIENAIMÉ y JACOBINA

JAC. (Entrando.) ¿Me ha mandado usted llamar?

BIEN. ¡Sí, siéntate aquí! (Jacobina se sienta en la butaca. Bienaimé, risueño, cierra la puerta de la segunda izquierda y se aproxima á ella.) Tengo que hablarte, se trata de tu porvenir.

JAC. ¿Cómo? ¿Tan pronto?

BIEN. Sí.

JAC. ¡No ha perdido usted el tiempo!

BIEN. ¡Llegaste aquí cerca de las doce, y á las doce y media ya te he encontrado una colocación.

JAC. ¿Buena?

BIEN. ¡Magnífica!

JAC. ¿Lucrativa?

BIEN. ¡En sumo grado!

JAC. ¿Que consiste...?

BIEN. En no hacer nada, viviendo tranquila y agradablemente.

JAC. ¿Y está usted seguro de que es digna?

BIEN. Si no lo fuera, yo no te la ofrecería. ¿A que no adivinas de lo que se trata?

JAC. (Rápidamente.) ¿De un matrimonio?

BIEN. ¡De un matrimonio, tú lo has dicho!

JAC. ¿Me ha encontrado usted un marido en tan poco tiempo?

BIEN. Sí.

JAC. ¿Un marido rico?

BIEN. Riquísimo.

JAC. ¿Riquísimo...? ¡Oh, entonces es un viejo!... (Disgustada.) Ya le dije que eso no lo quería... (Se dirige hacia la chimenea.)

BIEN. ¡No es un viejo!

JAC. (Volviéndose rápidamente.) ¿No?... Entonces es un enfermo, un jorobado...

BIEN. Al contrario.. un buen mozo, elegante... un chico guapo.

JAC (Aproximándose á él, gozosa) ¡Un chico guapo!... ¿Ha dicho usted un chico guapo?

BIEN. Tú misma le vas á ver. ¡Y además... un perfecto caballero, simpático, en toda la extensión de la palabra, de ilustre familia, un noble...!

JAC. (Estupefacta.) ¿Y quiere casarse conmigo?

BIEN. (Asintiendo.) Sí.

JAC. ¿Sin dote?

BIEN. (Idem.) Sí.

JAC. ¿Entonces está enamorado de mí, me ha visto?...

BIEN. ¡No te ha visto en su vida!

JAC. Pues si no me ha visto en su vida, ¿cómo quiere casarse conmigo?

BIEN. Yo te lo explicaré... El matrimonio que te propongo, no es un matrimonio ordinario.

JAC. Ya me lo temía yo...

BIEN. Es un matrimonio provisional, transitorio

únicamente... *in nómine, sub conditione et coram populo.*

JAC. ¿Eh?... ¿Cómo dice usted?

BIEN. Transitorio, provisional... que no durará más que un cierto tiempo... un año ó dos, á lo sumo, después de los cuales, recobrarás tu libertad. Además, no vivirás con tu marido.

JAC. ¿Nunca?...

BIEN. ¡Nunca!...

JAC. Pero, ¿él no quiere que sea su mujer?

BIEN. Sólo ante los ojos del mundo. Te casarás legalmente y te otorgará una espléndida dote el día de vuestra boda. La castidad es obligatoria, si quieres ser dueña de la dote de doscientos mil francos que te asegurará por escritura notarial.

JAC. ¡Doscientos mil francos!

BIEN. Que serán tuyos el día de tu divorcio.

JAC. (Sumamente nerviosa.) ¡No le comprendo á usted bien!.... Dice usted, que un hombre joven, rico y simpático, quiere casarse conmigo sin haberme visto y sin conocerme.

BIEN. Sí.

JAC. Que quiere ser mi marido durante uno ó dos años, pero á condición de que nunca seré su mujer.

BIEN. Si

JAC. ¿Y que quiere dotarme?

BIEN. Precisamente.

JAC. Pero, ¿por qué, Dios mío?

BIEN. Porque su tío ha muerto recientemente.

JAC. ¿Y qué tengo yo que ver con su tío?

BIEN. Este le ha dejado una fortuna inmensa, cuatrocientos mil francos de renta anual, á condición de que el treinta y uno de Diciembre de este año esté casado con una señora que no sea ni americana ni viuda.

JAC. ¡Qué testamento tan extraordinario!

BIEN. Su tío profesaba una gran antipatía á una señora en quien concurren ambas circunstancias y á quien el sobrino...

JAC. ¿No odiaba?

BIEN. Todo lo contrario. Por tanto, y con objeto de cumplir las cláusulas testamentarias...

JAC. ¿Se quiere casar?
BIEN. Eso es... ¿comprendes ahora?
JAC. ¡Sí... sí!
BIEN. Y para acallar toda sospecha...
JAC. ¡Se casa conmigo!
BIEN. Sí, quiere que seas, sencillamente, la pasadera, el puente provisional...
JAC. ¡Que conduce al matrimonio por amor!
BIEN. ¡Una vez terminado este asunto, serás una mujer rica, y entonces yo te respondo que te encuentro un marido!
JAC. (Risueña.) Gracias, no tendrá usted que molestarse, lo hallaré yo misma. ¡Evidentemente es tentador y ventajoso!
BIEN. En tu vida se te presentará una ocasión semejante. Es lástima que desperdicies esa oportunidad.
JAC. (Riendo.) ¡Estoy decidida!
BIEN. ¡Lo celebro!
JAC. Sin embargo, ¡impongo una condición!
BIEN. ¿Cuál?
JAC. ¡Nada de iglesia! Me reservo el matrimonio religioso para mi número dos.
BIEN. Conformes.
JAC. (Breve pausa: de repente.) ¿Y cuándo nos casamos?
BIEN. Lo antes posible... Eso lo vamos á acordar todos reunidos. Ambos están ahí... (Señalando á la segunda izquierda.) te voy á presentar en seguida. (Dirigiéndose á la puerta.)
JAC. (Deteniéndole.) Padrino... ¿ahora mismo? Con este traje... y medio despeinada...
BIEN. (Medio mutis.) Nada de eso... Estás divinamente... Opino que á la señora le vas á parecer demasiado simpática.
JAC. ¿Es celosa?
BIEN. Como un tigre.
JAC. ¡Malo, malo!
BIEN. (Aproximándose á ella.) ¿No podrías afearte algo?
JAC. (Sonriente.) ¡Eso es facilísimo para cualquier mujer! Espérese usted un momento y le presentaré una Jacobina que no dará celos á esa viuda americana.

BIEN. ¡Es una buena idea!

JAC. ¡Ahora verá usted! (Coge una cinta roja que se halla sobre la mesa, y después se aproxima á la chimenea; se quita el collarcito con medallas y se lo entrega á Bienaimé; se deshace el peinado; se quita algunos rizos postizos y se los entrega también: éste guarda el collar y los rizos en un cajón de su mesa; mientras tanto, Jacobina, se suelta las trenzas y con la cinta se hace una coleta; entorna los ojos, cambia su fisonomía, contrae su cuerpo, etc., etc., y ensancha la chaqueta, transformándose en una provinciana, torpe y desmañada. Al volverse, le quita los quevedos á Bienaimé y se los pone. De cara al público. Á Bienaimé.) ¿Qué tal? (Haciéndole una reverencia cómica. Con voz gangosa.) Tengo el honor de presentar á usted á la señorita Jacobina Gauthier que acaba de llegar del Havre. (Con voz natural.) ¿Estoy bien?

BIEN. (Admirado.) ¡Divinamente!... ¡Hubieras hecho fortuna en el teatro!

JAC. Pero esa serie inacabable de protectores... ¡Son demasiados, padrino, son demasiados!

BIEN. Entonces, ¿al matrimonio sin vacilar?

JAC. ¡Resueltamente!

BIEN. (Dirigiéndose á la puerta.) ¡Te les voy á presentar!

JAC. (Aparentando de nuevo el aspecto de provinciana.) ¡Cuando usted quiera!

BIEN. (Abre la puerta de la segunda izquierda y llama á Elena y á Roger.) ¡Señora de Moulin! ¡Roger!

ESCENA VII

DICHOS, ELENA y ROGER

Elena entra apresuradamente, ve á Jacobina que hace una inclinación muy torpemente y se levanta algo la falda para saludar; Roger entra sin reparar y baja hacia la izquierda. Jacobina de pie, casi de espaldas á ellos

BIEN. (Presentando.) Mi ahijada Jacobina... La señora de Moulin... El barón de Gardannes... (Jacobina se inclina de nuevo muy torpemente. Roger

lanza una exclamación de asombro.) Vamos al asunto... Le he dicho todo á mi ahijada y ella ha aceptado.

ROGER (La mira asombrado.) ¡Oh!

ELENA (Mirando á Jacobina de arriba á abajo.) Señorita, ¿se ha hecho usted bien cargo de que no se trata sino de un matrimonio por pura fórmula?

BIEN. (Impaciente.) Sí, perfectamente.

ELENA ¿Luego ella sabe que no tiene nada, absolutamente nada que esperar?

JAC. Sí, lo sé.

ROGER ¿Y las condiciones?

BIEN. Se las he dicho.

ELENA ¿Que ella pierde la dote, si...?

JAC. (Bajando los ojos.) ¡Sí! (El reloj da la una.)

ELENA ¡Dios mío, ya es la una! ¡Y mi tía Elisa que me está esperando para almorzar! (Roger la ayuda á ponerse el abrigo.)

BIEN. (Aparte á Jacobina.) ¿Qué te parece?

JAC. (Aparte á Bienaimé.) ¡Para lo que tengo que hacer!

ELENA (Aparte á Roger.) ¡Es muy apropósito esta joven!

ROGER (Idem.) ¡Para lo que nos va á servir! (Cambiando de tono, alto.) ¡La acompañaré á usted!

ELENA (A Bienaimé.) ¡Hasta mañana, señor Bienaimé!

BIEN. (Á Elena.) ¡A sus órdenes, señora!

ELENA (Inclinándose ante Jacobina.) ¡Hasta la vista, señorita!

JAC. (Saludando torpemente.) ¡Señora. .!

BIEN. (Acompañando á Elena y á Roger.) Adiós. (Á Elena, junto á la puerta de la segunda izquierda.) ¿Qué opina usted de ella?

ELENA ¡Que tenía usted razón; es la mujer ideal, completamente ideal! (Vase risueña, por la segunda izquierda, seguida de Roger.)

ROGER ¡Completamente ideal! (Bienaimé cierra la puerta sonriente, se acerca á Jacobina, coge sus manos y se deja caer en la butaca de la derecha, prorrumpiendo ambos en grandes carcajadas mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un «Hall» en la villa de Jacobina, á orillas del lago de Ginebra. Primera izquierda, puerta de la alcoba de Jacobina. Segunda izquierda, puerta del jardín; una pequeña parte del mismo visible al público. Primera derecha, puerta que conduce al salón. Segunda derecha, puerta del recibimiento. En el foro un gran balcón, con puertas vidrieras, que da al lago.

ESCENA PRIMERA

BAUTISTA y ROSALÍA

Al levantarse el telón, Rosalía se halla de pie á la izquierda de la mesa colocando los cubiertos y Bautista limpia los cuchillos y tenedores de postre

BAUT. ¿Luego, según tú, la señorita es casada?
ROS. Sí.
BAUT. ¿De veras?
ROS. ¡Yo así lo creo!
BAUT. ¡Pues yo no!
ROS. ¿Por qué?
BAUT. ¡Porque aún no he visto al marido!
ROS. ¡Como que está de viaje!
BAUT. ¡Un viaje que no se acaba nunca! Hace seis meses que estamos al servicio de la señora y no he visto la más ligera prueba de que sea casada. ¿Sabemos siquiera dónde está?
ROS. La señorita me ha dicho que en las Indias.

BAUT. ¡Las Indias...! ¡Hay muchas Indias! Esas no son señas...

ROS ¿Necesitas escribirle?

BAUT. ¡Ni siquiera hay un retrato de él en toda la casa! (Aproximándose á la mesa.) ¿Qué quieres que diga cuando me interroguen?

ROS. (Maliciosa.) Nada. ¡Así estás seguro de no decir ninguna tontería!

BAUT. (Disgustado.) ¡Descarada!

ROS. (Riendo.) Bautista, tú tienes muy mala lengua.

BAUT. ¡Y á tí te gusta meterte en todo!

ROS. No es cierto. Yo estimo á la señorita y tengo confianza en ella que no perderé sin un motivo justificado.

BAUT. (Mirando hacia la segunda izquierda.) Oye, ¿quién es ese que se pasea por el jardín con la señorita?

ROS. Su padrino.

BAUT. ¡Tan padrino es él como tú ahijada mía! (Ríe.)

ROS. ¡No seas tonto!... ¡Cuando yo te digo que es el padrino, es porque tengo motivos para decirlo!

BAUT. (Socarrón.) Cuando hayas servido los años que yo en las mejores casas de la aristocracia, no hablarás con tanta seguridad de lo que no sabes.

ROS. (Sulfurándose.) ¡Yo sé lo que me digo! Yo hablo poco, pero escucho...

BAUT. ¡En las puertas... lo cual no es muy bonito...!

ROS. Pero es instructivo...

BAUT. ¡Silencio, aquí viene la señora! (Entran Jacobina y Bienaimé.)

ESCENA II

DICHOS, JACOBINA y BIENAIMÉ

Ambos por la segunda izquierda. Jacobina lleva la sombrilla abierta y la cierra dejándola en el foro

JAC. Padrino, cuánto le agradezco esta visita.

BIEN. ¡La villa es preciosa!

JAC. Cómoda únicamente.

BIEN. ¡Un encanto! (Señalando al cubre-piano.) ¡Qué bonito!

JAC. Lo he bordado yo.

BIEN. ¡Pues es muy lindo! (Aproximándose al balcón del foro y mirando al lago.) ¡Qué vista tan admirable! ¡Una puesta de sol es aquí un verdadero encanto!

JAC. Algunas veces me entretengo contemplándolas. (Observando que Rosalía y Bautista han terminado de poner la mesa.) Pueden ustedes retirarse. (Rosalía y Bautista vanse segunda derecha.)

ESCENA III

JACOBINA y BIENAIMÉ

Jacobina se quita los guantes y el sombrero é invita por señas á Bienaimé á que se siente en el canapé

JAC. Ahora podemos hablar tranquilamente. ¡Muy pronto hará un año que no nos hemos visto!

BIEN. Desde la tarde de tu boda en que te acompañé á la estación para que vinieses á tomar posesión de esta villa.

JAC. ¡Regalo de boda de mi marido! Fué un acto muy delicado por su parte el regalármela, puesto que no estaba estipulado en la dote... Una atención que le agradecí en el alma.

BIEN. Agradécemela á mí, puesto que la idea fué mía.

JAC. (Disgustada) ¡Ah!

BIEN. Sin embargo, Roger no opuso la menor dificultad. Su única ambición consistió en que las gentes digeran que sabe hacer las cosas en grande.

JAC. (Irónica.) ¡Siempre es un honor! ¿Sabe usted cómo les ha ido á mi marido y á la viuda americana? ¿Tomó posesión Roger de su fortuna?

BIEN. (Sacando un cigarrillo de la petaca y encendiéndolo.) Sin la menor dificultad.

JAC. ¿Y la señora de Moulin, está tan enamorada de él?

BIEN. Debe estar rabiando por casarse.

JAC. ¿Quiere usted darme á entender que no está enamorada?

BIEN. Probablemente sí, pero algo menos de lo que ella dice, y con seguridad, mucho menos de lo que él cree.

JAC. Pero seguramente una mujer tan celosa...

BIEN. ¿Y qué prueban los celos?

JAC. Pues que teme perdarle

BIEN. Opino de otro modo: Roger es un hombre rico y ella no tiene un céntimo.

JAC. ¿Y el bolsista Vincent, no es también un hombre rico?

BIEN. ¡Pero no hay comparación con Roger! Este es un aristócrata y millonario; posee un castillo en Normandía, un magnífico *yacht* (Pronúnciese yot.) y un hotel suntuoso en la Avenida del Bosque. ¡Un partido ideal y de gran porvenir, y ya sabes que el *porvenir* es el más bello *presente* de un *futuro!* Además, Roger está locamente enamorado.

JAC. (Algo nerviosa.) ¡Pues no es para tanto!

BIEN. ¡No eres buen juez, porque eres mujer!

JAC. ¿Y acaso por eso no podemos apreciar...?

BIEN. Dí mejor despreciar.

JAC. ¡Quisiera saber lo que la señora de Moulin dijo de mí el día de mi boda. (Bienaimé se sonríe.) ¡Vamos, padrino, dígamelo usted!

BIEN. ¡Diantre, te habías arreglado para aparecer en traje de novia la misma provinciana insignificante que yo había presentado!

JAC. ¡Ah, le parecí insignificante!... ¿Y á él?

BIEN. ¡A él también!

JAC. (Incomodada.) ¿También á él?

BIEN. ¿Pero á tí qué te importa?

JAC. (Sonriendo á pesar suyo.) ¡Nada: tiene usted razón!...

BIEN. Dime, ¿lo pasas bien aquí? ¿Eres feliz?

JAC. (Dulcemente.) Sí.

BIEN. Ese sí parece un no.

JAC. (Encogiéndose de hombros.) ¡Qué quiere usted!

BIEN. ¿Te aburres?

JAC. Algunas veces.
BIEN. ¿Trabajas?
JAC. Sí.
BIEN. ¿Pintas?
JAC. Sí.
BIEN. ¿Tocas el piano?
JAC. ¡Hasta que me duelen los dedos!
BIEN. (Señalando un montón de libros.) ¿Lees?
JAC. ¡Hasta que me duele le cabeza!
BIEN. ¿Y á pesar de todo eso... te aburres?
JAC. Sí.
BIEN. ¿Por qué?
JAC. Porque estoy sola.
BIEN. ¡Ah!
JAC. ¡Padrino, qué aburrido es vivir sola!
BIEN. Ten paciencia. ¿Por qué no tomas á tu servicio una señora de compañía?
JAC. ¡Eso no resuelve absolutamente nada! ¡Apresure usted nuestro divorcio! ¡Si supiera usted lo deseosa que estoy de tener un marido que no haga el viaje de bodas con con otra mujer!

ESCENA IV

DICHOS, ROSALÍA. Después BAUTISTA

ROS. (Por la segunda derecha.) ¿Tiene la señora alguna carta para el correo?
JAC. No. ¿Y usted, padrino?
BIEN. ¿Yo?... Sí, tengo que escribir una carta urgente.
JAC. Pues dese usted prisa si quiere usted que salga en el correo de esta noche. (Bienaimé se dispone á irse.) Voy á dar una vuelta y usted me encontrará en el jardín, bajo los tilos, á la hora de comer.
BIEN. Bueno. (Vase primera derecha.)
JAC. (A Rosalía.) ¡La comida á las siete!
ROS. Está bien, señora Baronesa. (Entra Bautista por la segunda derecha con una dulcera con compota.)
JAC. (A Bautista) No olvide usted la tisana de Champagne helado...

BAUT. No, señora Baronesa.

JAC. (Antes de irse.) ¡Ah! y el agua de Vittel para mi padrino.

BAUT. Bueno, señora Baronesa.

JAC. (Aparte, al tiempo de irse hacia el jardín.) ¡Qué gusto tener un hombre á comer! (Vase segunda izquierda.)

ESCENA V

BAUTISTA, ROSALÍA. Después ROGER

BAUT. (Pensativo.) Rosalía, estoy escribiendo un libro.

ROS. (Incrédula.) ¿Un libro?

BAUT. Sobre las mujeres.

ROS. No me extraña, tú has sido siempre muy vicioso! ¿Y cómo se titula?

BAUT. ¡Las memorias póstumas de un ayuda de cámara!

ROS. ¿Póstumas?... ¿Qué quiere decir eso?

BAUT. Pues que se publicarán en un periódico después de mi muerte...

ROS. ¿Pero no temes que te prendan?

BAUT. ¡No hay cuidado!... ¡Va á ser un libro precioso, ya verás! Los criados estamos en mejores condiciones que nadie pará juzgar á las gentes. Mira, Rosalía, el defecto de los escritores es no haber sido nunca ayudas de cámara.

ROS. (Con sentimiento.) ¡Cómo me gustan las historias de amor, de niños extraviados, de aventuras amorosas! ¡Qué bonitas son!

BAUT. Preciosas, pero son fantásticas. ¡A nosotros nos pagan además para saber lo que pasa en los interiores! Sin ir á buscar más lejos, no hay quien me quite la idea de que la señora. .

ROS. ¡Empiezas otra vez con la misma canción!

BAUT. ¡No seas testaruda! (Poniéndose la mano sobre el corazón.) Rosalía, te juro con la mano puesta sobre el corazón, que la señora no es casada,

ni jamás ha tenido marido. (Roger aparece en en la puerta del recibimiento, segunda derecha, con su saco de viaje y accesorios.)

ESCENA VI

BAUTISTA, ROSALÍA y ROGER

ROS. ¡Cállate!

ROGER (En la puerta.) Dispensen ustedes... (A Rosalía.) ¿Tendría usted la bondad de decir á la señora de Gardannes que deseo hablarle?

ROS. La señora ha salido hace un instante, pero no tardará en volver. ¿A quién tengo el honor de anunciar á la señora Baronesa?

ROGER Al Barón de Gardannes.

BAUT. (Escapándosele involuntariamente.) ¡Imposible!

ROGER (Con extrañeza.) ¿Cómo ha dicho usted?

BAUT. Dispénseme, señor, no era á usted...

ROS. ¿El señor es el esposo de la señora Baronesa?

ROGER (Turbado.) Sí... yo soy. (Bautista y Rosalía se precipitan, con amabilidad exagerada, para hacerse cargo del saco de viaje, de su paraguas y de su sombrero.)

BAUT. (Que no sale de su asombro: aparte.) ¡Plancha!

ROS. ¡Qué contenta se va á poner la señora Baronesa! ¡La señora no esperaba al señor Barón!...

ROGER Naturalmente que... (Rectificando.) aun no.

ROS. Comprendo. Se trata de una sorpresa agradable.

ROGER ¡Eso es! ¿Quiere usted hacerme el favor de ir...?

ROS. ¡En seguida, señor, en seguida! (Antes de salir aparte á Bautista.) ¿Y ahora, qué me dices?

BAUT. (Antes de salir, aparte á Rosalía.) Que cuando uno ha servido en las mejores casas de la aristocracia, ya no se asombra de nada. (Bautista vase segunda derecha. Rosalía vase alegremente segunda izquierda.)

ESCENA VII

ROGER solo lentamente, después que Rosalía se ha ido

Los criados manifiestan una alegría familiar poco en armonía con mi situación... (Pasea.) Quizás he cometido una imprudencia al presentarme aquí, sin haber avisado previamente. En fin... (Se sienta; pausa.) ¿A qué hora sale un tren para Ginebra? (Saca una guía de ferrocarriles y la consulta, dejándola después sobre el piano.) Tengo bastante tiempo todavía. (Mirando á su alrededor.) ¡Es muy bonita la casa! (Se levanta, observando los muebles.) ¡Preciosa!... ¡Ay, estoy harto de esos malditos hoteles!... Por lo que veo es una mujer de buen gusto!

ESCENA VIII

ROGER y BIENAIMÉ

BIEN. (Por la primera derecha.) Ya he despachado el correo... (Viendo á Roger que está vuelto de espalda.) ¿Quién será? (Alto.) ¡Caballero!

ROGER (Volviéndose) ¡Bienaimé!

BIEN. (Asombrado.) ¿Cómo? ¿Tú aquí?

ROGER (Estrechando su mano.) Sí, acabo de llegar. Te telegrafié esta mañana á París, y tu pasante me contestó que estabas en esta villa y, como yo me hallaba muy cerca, en Ginebra, tomé el primer tren y aquí me tienes. Tengo que hablarte.

BIEN. (Con interés.) ¿Supongo que no ocurrirá nada grave? (Ambos se sientan.)

ROGER Ya sabes que nuestra situación no puede ser más falsa... ¡Elena y yo estamos hartos!

BIEN. ¿Eh?

ROGER Y es preciso regularizar...

BIEN. Naturalmente, dentro de algún tiempo..

ROGER (Vivamente.) ¡En seguida! No puedo más, no podemos más. Siempre los dos solos, eso no es vivir...

BIEN. ¿No la amas ya?

ROGER ¡Más que nunca!

BIEN. ¿Luego es ella...?

ROGER ¡Me adora! ¡Nos adoramos! Pero el tiempo transcurre con una lentitud desesperante.

BIEN. ¿Pero y esos maravillosos viajes?

ROGER (Con sonrisa irónica.) ¡Je, je!

BIEN. ¿Italia?

ROGER ¡Ah, Italia!

BIEN. ¿La costa Azul?

ROGER ¡Ah, la costa Azul!

BIEN. ¿Y Egipto?

ROGER No. ¡Haz el favor! ¡No me crispes los nervios!

BIEN. ¿Qué te pasa?

ROGER ¡Pues que desde hace un año vivimos como dos vagabundos, como dos criminales, yendo de pueblo en pueblo, errantes, perseguidos, con los ojos llenos de carbón de todas las calderas y en el tímpano los silbatos de todas las locomotoras del mundo!

BIEN. Y por qué no fijáis vuestra residencia en algún punto?

ROGER ¡Porque en todas partes encontramos alguna persona que nos conoce y nos tenemos que ir en seguida, dejando al dueño del hotel con la boca abierta! ¡¡Y además una mujer viajando!! ¡Hay que ver á Elena! En un principio, llevábamos dieciseis baules y veintidós bultos, sin contar á su tía Elisa. ¡Siempre se las arregla de manera que se deja olvidado uno, sin que por eso disminuya el número de nuestros equipajes. En toda población nueva, compra cualquier chuchería, cualquier recuerdo... que viene á aumentar el número de bultos. ¡Nunca es puntual, jamás podemos irnos por la mañana, porque es muy temprano, ni por la noche, porque es demasiado tarde! ¡Y qué carácter! ¡Diariamente escenas, con motivo ó sin él, por gusto, por matar el tiempo, por

hablar de algo! ¡Es sumamente colosal! ¡Esa mujer me ama con locura!

BIEN. ¿Y te quejas?

ROGER Sí, es decir, no; no me quejo. Suceda lo que quiera, esta mañana tomé una importante resolución.

BIEN. ¡Ah!

ROGER Sí, no pudiendo ya vivir juntos, es indispensable que yo me case con ella.

BIEN. Pero, ¿no temes que una vez casados la cosa sea peor?

ROGER (Levantándose.) ¡Seguramente que no! Comprenderás que una vez casados viviremos como todo el mundo: haremos vida de sociedad y apenas nos veremos.

BIEN. Pero, ¿estás firmemente decidido?...

ROGER ¡Ni un solo instante ha pasado por mi imaginación la idea de faltar á lo convenido! Por eso te suplico que arregles cuanto antes el asunto...

BIEN. (Levantándose.) Bueno, consultaré con tu mujer...

ROGER (Con extrañeza.) ¿Con mi mujer?... ¡Ah, sí, se me olvidaba que soy casado!

BIEN. (Señalando al jardín; viendo venir á Jacobina á lo lejos.) ¡Precisamente, ahí viene!

ROGER (Mirando.) ¿Dónde?

BIEN. ¡Allí, en el jardín!

ROGER ¡Qué!... ¿Aquella joven vestida de claro?...

BIEN. Sí.

ROGER Y aquella joven vestida de claro, ¿es mi mujer?

BIEN. Ciertamente.

ROGER ¡Pues es muy bonita!

BIEN. Sí.

ROGER Y muy elegante.

BIEN. Ciertamente.

ROGER (Pasando y colocándose delante de Bienaimé.) Me parece que te engañas... Es extremadamente simpática... (Volviéndose rápidamente; á Bienaimé.) Pero, ¿estás segura de que es la misma?

BIEN. (Sonriente.) ¡Segurísimo!

ROGER Es raro...

ESCENA IX

BIENAIMÉ, ROGER, ROSALÍA, después JACOBINA

ROS. (Apresuradamente, por la segunda izquierda; á Roger.) ¡Ahí viene la señora! ¡No le he dicho que era usted para que sea una verdadera sorpresa!

BIEN. (Aparte, á Roger que va á contestar á Rosalía.) ¡Ten cuidado delante de los criados! ¡No olvides que eres el marido! (A Jacobina que entra por la segunda izquierda) Hija mía, tu marido...

JAC. (Con un manojo de flores en la mano.) ¡Ah! (Pausa.) ¡Cómo, es usted, es usted!

ROGER (Turbado y frotándose las manos.) ¡Sí... soy yo... soy yo!

BIEN. (Tratando de hablar con naturalidad.) ¡Sí!... ¡Es él! ¡Es él!

ROS. (Alegremente en el foro derecha. Aparte.) ¡Después de un año!... ¡Ay, qué dicha para la señora! ¡Qué dicha para el señor!...

BIEN. (Vivamente, en voz baja á Roger, empujándole con el codo.) ¡Anda, abrázala! ¡Pareces tonto!

ROGER (A la vez turbado y sonriente.) ¡Es verdad! (A Jacobina, tímidamente.) ¿No me abraza usted?

BIEN. (A media voz.) ¡De tú!

ROGER (Sin comprender.) ¿Eh?

BIEN. (Apuntándole.) ¡Ven á mis brazos!

ROGER (Estupefacto; rápidamente.) ¿Cómo, á los tuyos también?

BIEN. (Idem.) ¡No, hombre! ¡A ella!... ¡Tutéala!

ROGER ¡Ah, bueno! (Con brusquedad á Jacobina.) ¡Ven á mis brazos!

BIEN. (A Jacobina.) ¡Mujer, abrázale!

JAC. (Con voz ahogada.) ¡Voy... voy! (Junto á Roger, rápidamente á media voz; angustiada.) ¡Con la intención sólo basta!

ROGER (Aparte á Jacobina, abrazándola tímidamente.) Usted dispense, pero como está la criada...

JAC. (Rápidamente á Roger, á media voz, dejándose abrazar.) ¡Si no fuera así yo no se lo permitiría!... (Bienaimé sube y se interpone entre ambos y Rosalía.

Roger abraza y simula que besa efusivamente á Jacobina. Rosalía que está encendiendo las luces eléctricas, sin dejar por eso de observar la escena con el rabillo del ojo, lanza un profundo y sonoro suspiro: «¡Ay!» de satisfacción.)

ROGER (Aparte á Jacobina.) ¡Usted dispense, ha sido la criada! (Pausa.)

JAC. (Se aparta de Roger. Á Rosalía que está encendiendo las luces que hay junto al piano.) Rosalía, puede usted retirarse. (Rosalía vase segunda derecha. Aparte.) ¡Si no se va pronto, me besa de verdad!

ESCENA X

BIENAIMÉ, ROGER y JACOBINA

JAC. (Aparte.) ¡Qué sorpresa! (Pausa. A Roger indicándole un asiento.) Siéntese usted, caballero. ¿A qué debo el placer de su visita?

ROGER Pues. . yo... Mire usted... ¡Bienaimé se lo dirá!

BIEN. ¡Se trata de tu divorcio! ¡Muy en breve ya no tendrás el honor de llamarte la Baronesa de Gardannes!

JAC. (Atolondradamente.) !Qué suerte!... (A Roger, cambiando de tono.) Usted dispense, caballero.

ROGER (Disgustado á su pesar.) Nada de eso, es muy natural... Pero falta aún hallar el medio en que basar la demanda.

JAC. (Sonriente, señalando á Bienaimé.) ¡Por fortuna está aquí!...

ROGER (Sonriente.) ¡Sí, nuestro abogado!

ESCENA XI

DICHOS y BAUTISTA

BAUT. (Por la segunda derecha, llevando en una bandeja todo el servicio para Roger.) ¿A qué hora quiere la señora Baronesa que se sirva la comida?

JAC. En cuanto esté. (Roger se levanta. Le mira antes de hablar.) Ponga usted otro cubierto.

BAUT. (Poniendo todo en la mesa.) Señora, ya lo traía.

ROGER (A media voz.) ¿Luego yo... yo también como?...

BIEN. (Vivamente, obligándole á sentarse de nuevo.) ¿Que si comes? ¿Pero estás loco?... ¡Si estás en tu propia casa!

ROGER (Sentándose sonriente.) ¡Tienes razón! (Bautista vase segunda derecha.)

BIEN. De lo contrario, ¿qué pensarían los criados? Y á propósito, no se os olvide que sois marido y mujer...

ESCENA XII

BIENAIMÉ, ROGER, JACOBINA y ROSALÍA

BIEN. (Viendo á Rosalía.) ¡Silencio!

(Rosalía entra rápidamente por la segunda derecha, coge en el foro el saquito de viaje de Roger y se dirige hacia la alcoba de Jacobina, primera izquierda.)

JAC. (Absorta, á Rosalía.) ¿Eh, qué va usted á hacer?

ROS. (En la puerta.) Pues llevar la maleta del señor á la habitación de la señora. (Desaparece cerrando vivamente la puerta tras sí.)

JAC. (Indignada, levantándose para llamar á Rosalía.) ¿A mi habitación? ¡No, eso sí que no!

BIEN. (Deteniéndola.) ¡Déjala, no seas torpe!

JAC. (Nerviosa.) ¡Pues señor, nos vamos á divertir! (Pausa.)

ROS. (Reapareciendo y aproximándose á Roger, discretamente servicial.) Hay agua caliente para el señor Barón en el tocador de la señora. (Vase segunda derecha.)

ROGER ¡Gracias! (Se mira las manos. A Jacobina.) ¿Me permite usted que antes de comer...?

JAC. Con mucho gusto... ¡Está usted en su casa!

ROGER Muchas gracias. (Vase primera izquierda.)

ESCENA XIII

JACOBINA y BIENAIMÉ

JAC. ¡Estamos bien! ¡Oiga usted, padrino: creo que no estará aquí mucho tiempo! (Coge la guía de ferrocarriles que dejó Roger sobre el piano.) ¿A qué hora sale un tren?

BIEN. ¡No pienses en semejante cosa! ¡No se puede marchar esta noche! ¡Acuérdate de las cláusulas testamentarias!

JAC. Tiene usted razón... ¿Pero dónde va á dormir?

BIEN. ¡En cualquier parte...! ¡Ya veremos, todo se arreglará! (Bromeando.) ¡En el billar!

JAC. (Riendo.) ¡Pobre hombre!

ESCENA XIV

DICHOS y ROGER

ROGER (Por la primera izquierda.) He hecho uso del jabón de usted... (Oliéndose las manos.) ¡Qué bien huele!

JAC. (Halagada.) ¡A heliotropo!

ROGER (Afirmando.) ¡Sí, á heliotropo! ¡Lo conocí en el acto!

ESCENA XV

DICHOS y BAUTISTA

BAUT. (Por la segunda derecha.) La señora Baronesa está servida.

JAC. Señores, á la mesa... (Aproximándose á la mesa; junto á ella indicando su sitio á Bienaimé.) ¡Padrino...! (Va á indicar su sitio á Roger.)

BIEN. (Apuntándola.) ¡Por su nombre!

JAC. (Indicando su sitio á Roger.) Roger...

ROGER (Con una sonrisa.) ¡Gracias! (Rosalía y Bautista sir-

ven el puré. Los otros tres personajes se sientan, desdoblan las servilletas, etc,, etc.)

JAC. (Excusándose.) Ustedes perdonarán; pero debo advertirles que es una comida modesta... (Los criados vanse segunda derecha.)

ESCENA XVI

DICHOS, menos los domésticos

ROGER (Galante.) ¡Siempre se dice eso..!

JAC. Se lo aseguro á usted... (Enumerando.) Puré, truchas asalmonadas, filetes á la jardinera, compota de frutas...

ROGER (Extasiado, repitiendo.) Puré, truchas asalmonadas, filetes á la jardinera...

BIEN. (Imitando el tono de Roger y terminando la frase.) Y compota de frutas.

ROGER No te burles. ¡Si estuvieses viajando un año como yo, comprenderías la alegría de comer á tu gusto! (Saca de un bolsillo una cajita y echa unos polvitos blancos en su vaso.)

BIEN. ¿Qué es eso?

ROGER Bicarbonato. Tengo una gastritis desde hace diez meses. Y Elena también.

JAC. ¿La señora de Moulin?

ROGER ¡Sí, mi futura esposa!

BIEN. ¡Hombre, no digas esas cosas aquí!... Acuérdate de las cláusulas...

ROGER, JAC. (Al mismo tiempo.) ¡Segunda y tercera!

BIEN. ¡Exactamente. Quiero que parezcáis el matrimo más unido del mundo! Y hasta me permito aconsejaros que aparentéis estar muy enamorados.

ROGER ¿Que aparentemos estar...?

JAC. ¿...Muy enamorados?

BIEN. (Sonriente.) Con un poco de fantasía...

ROGER (Galante mirando á Jacobina.) Para eso no necesito mucha.

JAC. (Halagada.) ¡Gracias!

BIEN. Y si intercalais, de vez en cuando, algunas palabras cariñosas...

ROGER (Idem.) Surgirán espontáneamente de mis labios.

JAC. (Satisfecha.) ¡Es usted muy galante!

ESCENA XVII

DICHOS. BAUTISTA, ROSALÍA

BIEN. (Señalando al pescado.) Roger, ya está aquí el pescado.

ROGER (Contemplando las truchas que sirve Rosalía.) ¡Buenas truchas!

BAUT. (Sirviendo el vino.) Chambertin, del año de la guerra.

ROGER (Con satisfacción.) ¡De 1870...! (Bebe.) ¡Riquísimo! (A Bienaimé mirando á Jacobina.) ¿Cómo se llama?...

BIEN. (Apuntándole.) ¡Jacobina!

ROGER (Aparte.) ¡Bonito nombre! Ya no me acordaba... (Alto.) ¡Jacobina!

JAC. (Después de un gesto de estupor, que ella reprime.) ¡Roger!

ROGER Jacobina... dame... dame el pan...

JAC. (Que siente ganas de reir.) ¿El pan?

ROGER Sí, el pan

JAC. (Dándoselo.) Con mucho gusto.

ROGER Gracias, amor mío. (Pausa. Los dos criados, que han acabado de servir, se hallan de pie detrás de la mesa.)

BIEN. (A Jacobina.) ¿Quieres algo?

JAC. Sí. Un poco de Champagne. (Ambos criados y Bienaimé se precipitan para servírselo.)

ROGER (Impidiendolo, cogiendo la heladora y de ésta, la botella.) ¿Champagne? ¡Dame tu copa! (Llenándosela.) ¿Con espuma ó sin ella?

JAC. (Sonriente aproximando su copa.) ¡Con mucha espuma!

ROGER Toma, mi tesoro.

JAC. Gracias... vida mía. (Ambos se miran y se desternillan de risa.)

ROS. (Aparte á Bautista.) ¡Qué alegres están!

BAUT. (Aparte á Rosalía.) ¡Claro, mujer! (Vanse ambos por la segunda derecha, llevándose la bandeja.)

ESCENA XVIII

ROGER, BIENAIMÉ, JÁCOBINA. Después, ROSALÍA. Por último BAUTISTA

ROGER (Sirviendo á Bienaimé y á sí mismo el champagne.) ¿Qué tal desempeño mi papel?

BIEN. ¡Admirablemente!

JAC. (Sonriente.) ¡Qué hipócrita debe ser usted!

ROGER (Con complacencia.) ¡Lo mismo me dice siempre Elena!

JAC. ¿Se lo echa á usted en cara á menudo?

ROGER (Fatuo.) ¡Constantemente!

JAC. ¡Ah! (Pausa.—Disgustada.) ¿Se han divertido ustedes mucho en el viaje?...

ROGER (Exasperado.) ¡No me hable usted de eso!

JAC. (Sonriente y mordiéndose los labios.) ¡Ah! (Mira á Bienaimé interrogativamente.)

BIEN. (A Jacobina.) ¡Han tenido algunos pequeños contratiempos!...

JAC. ¡Con la señora de Moulin, una mujer tan encantadora!...

ROGER ¡Sí, es encantadora!... Pero no es buena viajera...

JAC. (Insinuante.) ¿No es práctica?

ROGER (Algo nervioso.) ¡Absolutamente nada!

JAC. (Amable.) No se puede poseer todo.

ROGER Tiene usted razón.

JAC. Comprendo, es demasiado elegante, y para viajar, no hay nada tan cómodo como un traje de sastre, una chaqueta algo ancha, y una falda algo corta.

BIEN. (Riendo.) ¡Es demasiado presumida!

ROGER (Sonriente.) Sí. Y como nos veíamos obligados á vivir de incógnito, por temor á que las gentes murmurasen, nuestro único recurso, para que no nos viera nadie, era hacer excursiones... ¡Y hay que ver á Elena de turista!

JAC. (Muy divertida.) ¡En vez de bastón llevaría una sombrilla de encajes!

ROGER ¡Si no fuera más que eso!... ¿Querrá usted

creer que ha hecho la ascensión del Righi con tacones Luis XV? ¡Naturalmente, se dislocó un tobillo!

JAC. ¡Já, já! (Roger y Bienaimé levantan vivamente la cabeza; ella, se contiene de pronto; transición.) ¡Pobre mujer! (Rosalía, por la segunda derecha, llevando una bandeja; quita los tres platos.—A Rosalía.) Déjenos. Nosotros mismos nos serviremos. (Rosalía vase segunda derecha.)

ROGER (A quien ha servido los filetes Jacobina; muy cariñoso.) ¡Gracias, vida mía!

JAC. ¡No se moleste usted, ya se han ido! (Sirve también á Bienaimé.) ¿Pero no han hecho ustedes más que excursiones? Estoy segura de que la señora de Moulin es muy artista y una mujer inteligente y sumamente ilustrada.

ROGER (Sin convicción.) Sí, sí.

JAC. Han debido ustedes ver juntos cosas preciosas, experimentar sensaciones agradabilísimas.

ROGER (Sin convicción.) Sí, sí.

JAC. Ultimamente han visitado ustedes toda Italia. ¿Han visto ustedes Florencia?

ROGER Sí.

BIEN. Nápoles, Roma...

ROGER ¡Sí!

JAC. (Con lirismo.) Y Venecia, ¡ay, sobre todo Venecia!

ROGER (Sumamente nervioso.) ¡No, Venecia, no! ¡Elena padece de reuma y no puede vivir en ninguna población húmeda!

JAC. ¡Já, já! (Roger y Bienaimé levantan la cabeza: conteniéndose de pronto y cambiando de tono.) ¡Pobre mujer!

BIEN Y, ¿en Roma habéis estado mucho tiempo?

ROGER Sí. A causa del Vaticano.

JAC. ¿Por los frescos?

ROGER No, por el Papa.

JAC. ¿El Papa?

ROGER Sí, la señora de Moulin es una católica muy ferviente. Deseaba obtener una audiencia de Su Santidad, para pedirle un título pontificio de marquesa. El Papa no la hizo caso,

y Elena se disgustó tanto, que desde entonces le dan ataques de nervios casi á diario.

JAC. (Como anteriormente.) ¡Já, já! (Transición.) ¡Pobre mujer! (Rosalía y Bautista por la segunda derecha. Rosalía quita los platos de Bienaimé y Jacobina; Bautista el de Roger y la fuente; después Rosalía pone los postres en la mesa y ambos vanse con la bandeja.)

ROGER ¡Sí, crea usted que es un suplicio! ¡Las mujeres no son buenas compañeras de viaje!

JAC. (Picada.) ¡Muchas gracias!

BIEN. Con otra mujer, quizás no te hubiera ocurrido lo mismo, por que las hay de dos clases.

JAC. (Sirviendo el postre.) No digan ustedes tonterías. ¡Como si todas las mujeres se parecieran! Hay infinitas clases de mujeres—no tantas como pretenden ellas—pero sí más de las que los hombres suponen... Una mujer además de una buena hija, una excelente esposa ó una madre modelo, puede ser también una amiga, una compañera y un buen consejero... Mientras que ustedes desvarían obsesionados por su eterna lógica, el instinto femenino nos lleva derechas al asunto, enseñándonos cuándo debemos reir ó cuándo debemos llorar... Después de todo, sólo mi instinto femenino me dice (Sonriendo nerviosamente.) que...

ROGER ¿Qué?

JAC. (Con coquetería.) ¡Que no me hagan ustedes hablar más, pues aún no he tomado el postre! (Se lo sirve primero á Roger.)

ROGER (A Bienaimé.) ¡Es encantadora! (Entra Rosalía por la segunda derecha, seguida de Bautista, llevando, en una bandeja, café, licores, caja de cigarros y azucarero. Deja todo en una mesita y después, Rosalía, se coloca detrás de Jacobina.)

JAC. Y permítanme ustedes que añada que, el conocer los caprichos de un hombre, es una cosa sumamente importante para toda mujer.

BIEN. ¡Tienes razón! (Levantando su copa.) ¡Mi querida Jacobina, brindo por el feliz regreso de tu marido!

ROGER (Turbado.) Brindo... brindo...

JAC. (Algo seria, levantando su copa.) ¡Brindo por la felicidad de ambos!

BAUT. (Que ha preparado el café.) El café está servido.

ROGER (Se levanta y ofrece el brazo á Jacobina.) Querida esposa...

JAC. (Aceptando su brazo.) Esposo mío... (Al criado.) Sirva usted el licor... (Rosalía y Bautista quitan la mesa y después vanse segunda derecha.)

ESCENA XIX

DICHOS, menos los criados. Jacobina sirviendo el café

BIEN. (Á Roger.) ¿Quieres un cigarro?

ROGER (Contento.) ¿Me permite usted...? (Á Jacobina.)

JAC. (Cogiendo un cigarrillo de la caja de la bandeja.) ¡Ya lo creo! A mí también me gusta fumar un cigarrillo.

ROGER ¿Fuma usted? ¡Qué diferente es usted de Elena!

JAC. ¿La señora de Moulin no fuma?

ROGER No, y no es eso lo peor; sino que no me permite fumar.

JAC. (Sonriente.) ¡Para renunciar á esta costumbre se necesita mucha energía y mucha fuerza de voluntad!

ROGER ¡Ya lo sé! ¡Pero la señora de Moulin tiene mucha energía y mucha fuerza de voluntad!

BIEN. Con vuestro permiso voy á buscar mi pipa.

JAC. ¡Padrino, es usted incorregible! (Vase Bienaimé.)

ESCENA XX

ROGER y JACOBINA

ROGER (Mirando á Jacobina.) ¡Qué mujer tan encantadora es usted! Todo en esta casa es encantador... Incluso fumando, está usted...

JAC. (Sirviendo el café, sonriendo.) ¡Hay siempre un instante, después de comer, en que toda mujer de mundo no debe olvidar los atractivos de un buen cigarro!

ROGER ¡Dice usted eso con tanta gracia... y es usted tan simpática!

JAC. (Rehuyendo la respuesta, con coquetería.) ¿Una copita de *chartreuse?*

ROGER (Aceptando la copa y mirando la mano de Jacobina.) ¡Qué mano tan bonita tiene usted! (Cogiendo su mano con una de las suyas, y la copa en la otra.) ¡La mano más bonita que he visto en mi vida!

JAC. (Burlona.) ¡No se moleste usted; los criados no están aquí!

ROGER (Besándola la mano.) Le aseguro á usted que no es molestia.

JAC. ¡Vamos! ¡Vamos! (Retirando su mano y queriendo aparentar seriedad. Se aproxima al piano y hace, maquinalmente, algunos arpegios ó escalas.)

ROGER ¿Toca usted el piano?

JAC. Un poco.

ROGER ¿Canta usted?

JAC. Por distraerme.

ROGER ¿Se aburre usted, pues?

JAC. Algunas veces.

ROGER (Suplicante.) Cante usted algo.

JAC. Esta noche no estoy aburrida.

ROGER Es usted muy amable, pero cante usted aunque sólo sea para mí. (Aproximándose al piano y mirando un papel de música que hay en el atril.) ¿Qué es esto?

JAC. ¡La canción de moda!

ROGER ¡Cántela usted!

(Jacobina la canta. Mientras lo hace, Roger se coloca detrás de Jacobina contemplando, con admiración, su cuello, sus manos, su rostro y la gracia picaresca con que canta. Hay momento en que ambos tienen su rostro muy juntos y él denota, por mímica cómica, los esfuerzos inauditos que está haciendo para no darla un abrazo y un beso en la mejilla. De repente, al terminar la canción, la coge una mano y se la besa apasionadamente.)

JAC. (Levantándose vivamente.) ¡Está usted loco!

ESCENA XXI

ROGER. JACOBINA, ELENA y ROSALÍA

ROS (Por la segunda derecha.) Una señora pregunta por la señora Baronesa.

JAC. ¿Una señora? ¿Cómo se llama?

ROS. ¡La señora de Moulin!

ROGER ¡Diantre! (Pasa á la izquierda.)

JAC. ¡La señora de Moulin!... Que pase... Que pase en seguida... (Rosalía da paso á Elena, que entra violentamente y se detiene en el centro, examinando, primero á Jacobina y después á Roger.)

ELENA (Á Roger.) ¡Ah! Está usted aquí. . ¡Estaba segura!

ROGER (Aparte, muy disgustado.) ¡Demonio! (Mueve los labios como si intentara disculparse, pero no dice una palabra.)

JAC. (Ha cogido otro cigarrillo y lo ha encendido mientras tanto; á Elena con exagerada finura.) ¡Señora, cuánto celebro su visita! (Á Rosalía.) ¡Puede usted retirarse! (Vase Rosalia segunda derecha.)

ESCENA XXII

DICHOS menos ROSALÍA

ROGER (A Elena, muy turbado.) ¡Amiga mía... ¿Pero cómo ha sabido usted?...

ELENA (Mostrando un telegrama.) Este telegrama del pasante de Bienaimé que se dejó usted olvidado... (Aproximándose á Roger.) ¿Molesto quizás?

JAC. ¡Nada de eso!

ROGER (Apoyando.) ¡Bajo ningún concepto! (Al decir estas palabras la echa una bocanada de humo; Elena hace un gesto de desagrado)

JAC. (Muy amable.) Señora, ¿quiere usted una taza de café? (Nueva bocanada de humo de Jacobina.)

ESCENA XXIII

DICHOS y BIENAIMÉ

(Bienaimé por la primera derecha, con su pipa encendida; ve á Elena y se detiene asombrado; abre la boca y suelta una bocanada de humo.)

ELENA (Secamente.) Gracias. (El humo de Jacobina le impide hablar, obligándola á toser.) Cuando entré estaban tocando el piano y cantaba la señorita Gauthier.

JAC. (Rectificando.) Dispense usted, la señora de Gardannes.

ELENA ¡De nombre únicamente! (A Roger.) ¿Ha comido usted á solas con la señorita Gauthier? (Roger intenta disculparse y la echa una bocanada de humo mayor aún.)

JAC. (Insistiendo, con mayor finura.) ¡Con la señora de Gardannes! (Le echa de nuevo otra bocanada de humo.)

BIEN. (Aproximándose rápidamente á Elena, fumando su pipa.) ¡Hemos comido los tres juntos! (Mayor bocanada de humo que las anteriores.)

ELENA (Sin hacerle caso, pero con voz sofocada por el humo.) ¡Eso poco importa! Me parece... muy mal... que no me haya usted... traído consigo. (Tose.)

JAC. (A Roger.) Opino lo mismo.

ROGER ¡Porque es imposible discutir con usted con lo nerviosa que es!

ELENA ¡Usted me da demasiado motivo para estarlo! (Tose, medio asfixiada. Los otros tres personajes se hallan á su alrededor, fumando.) ¡Huy qué atmósfera!

JAC. ¿Le molesta mi cigarrillo? (Lo tira.)

ELENA (Indicando á Roger.) No. ¡Es el odioso cigarro de este señor!

ROGER ¡No puede usted soportar que fume siquiera en las casas ajenas!

ELENA Bueno. ¿Han convenido ustedes algo respecto al divorcio?

ROGER (Tirando su cigarro por el balcón del foro.) Aún no... íbamos á discutirlo...

ELENA (Irónica.) ¿Con música?

JAC. (Sonriente.) Celebro en el alma su llegada, porque su opinión sobre el asunto es muy conveniente.

BIEN. En efecto, y puesto que estamos todos reunidos, sentémonos con calma y tratemos de hallar la solución deseada.

ELENA (Sentándose.) ¡Cuanto antes mejor! (Roger se sienta á la derecha, Jacobina junto al sofá, Bienaimé en el sofá y Elena á la izquierda de Bienaimé.)

BIEN. Examinemos, en primer término, los medios vulgares: basar la demanda en sevicia...

ELENA ¿Eh?

BIEN. O sea en que Roger trata con crueldad á su esposa.

ELENA ¡Muy bien, muy bien!

ROGER (Levantándose.) ¡No, no!

BIEN. (Indicándole que se siente.) Bueno, no hablemos más. El adulterio...

JAC. ¡Alto! ¿Qué va usted á decir?

BIEN. ¡Nada más sencillo! Roger engaña á su esposa.

ELENA Que es como suponer que á quien engaña es á mí. Para eso hay un medio más fácil.

BIEN. ¿Cuál?

ELENA En vez de que la señora de Gardannes se divorcie de Roger, que sea Roger quien plantee la demanda de divorcio.

JAC. (Levantándose.) ¡Nunca en mis días! ¿Por quién me ha tomado usted?

ELENA ¡Ah, si siente usted escrúpulos!...

ROGER ¡Es natural! (A Elena.) Hay que proceder con mucho tacto.

BIEN. ¡Otra cosa!

ELENA ¡Ya está! Una de mis amigas, cuyo marido ha perdido la razón, acaba de obtener el divorcio. ¿No podríamos simular que Roger se había vuelto loco, y...?

ROGER (Interrumpiéndola vivamente.) ¡Gracias! ¡Qué cosas se la ocurren!

ELENA (Levantándose.) Es usted muy egoista. No quie-

re usted aceptar ninguna proposición razonable.

ROGER (Sumamente nervioso, levantándose también.) ¡Pues no dice que eso es razonable!

BIEN. (Calmándoles y obligándoles á sentarse de nuevo.) ¡Calma, calma!

JAC. Padrino, sáquenos usted de este atolladero.

BIEN. (Pensativo, exclama de pronto.) ¡Ya está!

ROGER ¡Di!

ELENA ¡Hable usted!

JAC. ¡Pronto!

BIEN. Hay un medio muy sencillo. (A Jacobina.) Fundamentar la demanda en que te niegas en absoluto á vivir bajo el mismo techo que Roger. (Los tres se miran con expresiones diferentes.)

ROGER ¿Negarse?

ELENA ¿A vivir?

JAC. ¿Bajo el mismo techo?

BIEN. Sí; porque has cobrado una profunda antipatía á su esposo.

ROGER ¿Eso es verosímil?

BIEN. ¿Por qué no? A menudo sucede que, después de la boda, la desposada observa que el hombre que creia un dechado de perfecnes es, ordinariamente, un mentecato, un hombre de mal carácter...

ROGER (Estupefacto.) ¿Eh?

BIEN. Tranquilízate. (Prosiguiendo.) El hombre que la parecía tan simpático, tan cortés, tan agradable en sociedad, se torna en un ser estúpido y egoista, indigno de poseer el corazón de una mujer inteligente. (Jacobina sonríe.)

ROGER (Fatuo.) ¡Pero si yo no soy así! Por el contrario, en ese terreno siempre he sido afortunado.

JAC. (A Roger, con interés.) ¿De veras? (Elena da muestras de impaciencia.)

BIEN. (Impacientándose.) ¿Me dejan ustedes hablar?... Lo ocurrido es lo siguiente: el mismo día de vuestro matrimonio, tu esposa comprendió el error que había cometido confiando su porvenir á un hombre como tú. (Por Roger.)

ROGER Te repito que...

BIEN. (Sin prestarle atención.) Traspasado tu corazón de dolor ante la indiferencia de ella, la abandonaste la misma noche de tu boda, y permaneciste en el extranjero esperando borrar de tu pensamiento la imagen de la mujer adorada. Pero aun después de un año de ausencia te ha sido imposible.

ROGER (Mirando á Jacobina.) Continúa, eso ya me parece mejor.

JAC. Gracias.

ELENA (Algo nervisa) ¿Estamos aquí para hablar del divorcio ó para escuchar las lisonjas que dirige usted á la señorita Gauthier?

JAC. (Vivamente.) ¡A la señora de Gardannes!

BIEN. (Prosiguiendo.) Tú regresas hoy mil veces más enamorado de tu esposa y completamente dicidido á vivir en unión de la más cariñosa de las mujeres.

ROGER (Satisfecho.) Completamente conformes.

ELENA (Vivamente.) En teoría únicamente.

BIEN. (A Elena.) ¡Por de contado! (A Roger.) Te disgustas mucho al ver que la entrevista á solas con tu mujer es imposible á causa de unos visitantes importunos.

ROGER Que sois Elena...

ELENA (Levantándose.) ¿Eh?

BIEN. (Levantándose tambien.) Y yo también. Nosotros somos los visitante importunos.

ELENA (Irónica.) Son ustedes muy corteses.

BIEN. En teoría únicamente. (Obligándola á tomar asiento y sentándose también) Teóricamente inoportunos. Por fin nos vamos. Roger nos acompaña hasta la puerta y después vuelve, pero ve que Jacobina, para impedir la entrevista con él, se ha retirado á su cuarto. (Señalando á la puerta de la primera izquierda. Todos miran.) La ruegas que te permita hablar con ella y, por último, Jacobina accede á tus súplicas. La entrevista á solas se verifica en esta habitación.

ELENA (Levantándose.) ¡De ningún modo! ¡Roger regresa conmigo á Ginebra dentro de media hora!

BIEN. (Levantándose.) ¡Espere usted un momento!

ELENA Me niego en absoluto á dejar á mi futuro esposo á solas con esta señorita!

JAC. (Indignada.) ¡Señora de Moulin!

ELENA (Desafiándola con la mirada.) ¡Señorita Gauthier!

BIEN. (Se levanta disgustado y sube al foro.) ¡Déjenme ustedes en paz! ¡Son ustedes tan intransigentes la una como la otra! ¡El asunto no tiene arreglo! (Jacobina se acerca á él tratando de calmarle.)

ELENA ¡Claro, y Roger continuará casado! Señor Bienaimé, no será usted tan cruel...

JAC. (Suplicante á Bienaimé que pasea sulfurado.) Padrino, haga usted el favor...

ELENA (Aproximándose á Roger indignada.) ¿No quiere usted contribuir con sus súplicas? Me parece que no tiene usted muchas ganas de que lleguemos á un acuerdo en este desagradable asunto.

ROGER (Levantándose.) ¡Ya lo creo que quiero! Bienaimé, haz favor de sentarte. ¿Nos perdonas?

BIEN. Sí, pero con una condición.

ROGER ¿Cuál?

BIEN. Que no me interrumpan. (Los cuatro se sientan silenciosamente de nuevo.)

JAC. (Mirando á Bienaimé, después de una pausa.) Decía usted que yo me quedaba á solas con mi esposo.

ELENA (Hace un movimiento nervioso y exclama vivamente.) ¡Con mi futuro esposo!

BIEN. Naturalmente, ¿qué sucederá?

ELENA (Celosa.) ¿Qué?

JAC. (Interrogativamente) ¿Qué? (Casi simultáneamente.)

ROGER (Con gran interés.) ¿Qué?

BIEN. Pues que comienzas á hacer el amor á tu mujer.

ROGER Un amor apasionado, ardiente...

ELENA ¡Con hacerla el amor, basta!

ROGER Estoy dispuesto á llegar hasta donde ustedes me exijan, con tal que obtenga éxito nuestro proyecto.

BIEN. ¿Qué haces al hallarla tan fría?

ELENA ¡Extremadamente fría!

JAC. ¡Señora, para usted eso sería muy fácil!

BIEN. Pues exasperado por las constantes negati-

vas que hallan tus tiernas palabras y tus súplicas...

ROGER Extremadamente cariñosas...

BIEN. Coges á tu mujer en tus brazos é intentas estampar en sus ingratos labios un apasionado beso de amor.

ELENA (Levantándose rápidamente.) ¡Eso nunca, me opongo, me opongo terminantemente! (Como si la fuese á dar un ataque de nervios.)

BIEN. (Calmándola.) Espere usted un momento... La presencia del hombre que en otro tiempo amó, y á quien ahora desprecia, excita la indignación de Jacobina. Todo su odio, toda la natural repulsión que le inspira, surge de su corazón y es incapaz de disimular el aborrecimiento...

ROGER ¡Basta, hombre, basta! ¡Reflexiona que esa parte es muy inverosímil!...

ELENA ¡Admirable! ¡Admirable!

BIEN. (Prosiguiendo.) Tú, Jacobina, comprendes que todo debe terminar en seguida y para siempre, corres presurosa á la campanilla y llamas violentamente. (Señalando al cordón de la campanilla; todos miran.)

ELENA Entramos entonces...

BIEN. Dispénseme; pero usted y yo estamos en Ginebra.

ELENA ¡Yo no me muevo de esta casa!

BIEN. ¿Cómo vamos á justificar ante las gentes nuestra presencia aquí? La villa es muy pequeña y no sé si Jacobina podrá...

JAC. Sí; hay dos habitaciones en el pabellón del jardín, y podemos disponer de ellas como si fueran ustedes mis huéspedes esta noche.

BIEN. Bueno, nos quedaremos entonces.

ROGER ¿Pero qué pasa después que Jacobina toca la campanilla?

BIEN. Nos colamos de rondón, acompañados de los criados, y, en presencia de todos, Jacobina declara que no quiere vivir ni un día, ni una hora ni un minuto más, bajo el mismo techo que su marido. Después de darla algunos consejos, logramos persuadir á Roger que acepte este ultimatum, y nos vamos

en su compañía..(Mirando á su alrededor esperando su aprobación.) Bueno: ¿qué dicen ustedes?

ROGER (Vivamente.) Yo, acepto.

JAC. Si no hay otro medio....

BIEN. Ninguno, estoy seguro.

JAC. Pues acepto.

BIEN. ¿Y usted, señora de Moulin?

ELENA ¿Y para qué ha de ocurrir todo eso? ¿No es más fácil que afirmemos que así ha sucedido?

BIEN. Porque Roger tendrá que declarar el hecho ante los tribunales y los criados confirmarán sus palabras.

ELENA Entonces, acepto.

LOS OTROS TRES (Con un suspiro de satisfacción.) ¡Ay!

ELENA Pero con una condición: que yo esté presente.

BIEN. Comprenda usted que eso es imposible... (Aproximándose á Elena mientras hablan Jacobina y Roger.) Yo la respondo de que puede usted tener absoluta confianza... (Se vuelve y ve á Roger que mira apasionada y fijamente á Jacobina, quien tiene los ojos bajos. Se coloca rápidamente frente á Elena, impidiendo que ésta les vea, y hace señas por detrás á Roger, para que cese.) Yo se lo garantizo á usted.

ELENA Bueno, si es preciso...

BIEN. Sí, es indispensable. Nada se opone á que estemos ambos, mientras tanto, en esa habitación, (Señalando á la primera derecha.) desde la cual podemos oir cuanto sucede aquí. Eso resuelve todos los inconvenientes.

ELENA (De mala gana.) Sí, supongo que así será.

BIEN. ¡Y ahora, manos á la obra!... ¡Las nueve! ¡Procedamos rápidamente y antes de que los criados se acuesten!... ¡Cada uno á su puesto! ¡Jacobina, tú á tu cuarto!

JAC. ¡Bueno!

BIEN. ¿Te has hecho cargo bien?

JAC. Sí.

BIEN. ¿La señal?

JAC. La campanilla.

BIEN. ¿Y respecto á lo demás...?

JAC. Puede usted estar tranquilo.

BIEN. Confío en tí.

JAC. Hasta ahora. (Al tiempo de salir; con malicia.) La escena va á ser divertida... (Vase primera izquierda.)

BIEN. (A Elena, quien durante las últimas réplicas hablaba bajo, con agitación, con Roger.) Señora: lo mejor será que nos vayamos á la habitación inmediata...

ELENA (A Bienaimé.) Permítame usted un instante. (A Roger.) Júremelo.

ROGER Es inútil; usted no me creería.

ELENA ¡Eso no importa! ¡Júremelo usted, sin embargo!

ROGER ¡Se lo juro!

BIEN. (Á Elena.) ¿Vamos...?

ELENA ¡Sí.. ! (Antes de salir.) ¡Y dese usted prisa!

ROGER (Aparte.) ¡Haré lo que me plazca!

ESCENA XXIV

ROGER, solo

¡Verdaderamente, lo que pasa es intolerable! Elena me considera ya como si fuera yo su marido, y naturalmente, que lo voy á ser... (Se sienta en el sofá; mirando hacia la primera derecha.) ¡Me adora, está loca por mí, y yo sería el hombre peor del mundo si la censurase por eso! En amor es indispensable tener confianza absoluta. Además, es absurdo suponer que si yo fuera á hacer el amor á alguien, elegiría para ello á mi mujer. Pero Jacobina es adorable... (Aproximándose de puntillas á la puerta y mirando por el agujero de la cerradura.) ¡Qué mujer, Dios mío! (Mirando.) ¡Qué espaldas! ¡Qué brazos! ¡Qué...! (Se aparta vivamente de la puerta y pasa al centro.) ¡Se dirige hacia aquí!... ¡Estoy emocionado, verdaderamente emocionado!... (Escuchando, se abre la puerta.) ¡Ella es! (Jacobina aparece llevando un peinador elegante de muselina transparente.)

ESCENA XXV

JACOBINA y ROGER. Las voces de Bienaimé y Elena dentro

JAC. (Entrando alegremente por la primera izquierda.) ¡Aquí estoy!

ROGER ¡Y yo también! (Ríe turbado y la mira.) ¡Qué elegante está usted!

JAC. (Con coquetería.) ¿De veras?

ROGER ¡Elegantísima! (Riendo para disimular su turbación.) Le sienta á usted admirablemente esa *toilette*.

JAC. ¿De veras?

ROGER (Contemplándola embelesado.) ¡Sí! Yo quisiera decir á usted...

JAC. ¿Qué?

ROGER Muchas cosas.

JAC. Dígamelas usted.

ROGER No sé cómo empezar. Tiene usted el privilegio de encantarme.

JAC. (Espiritual.) Sin embargo, yo no puedo apuntárselas... Mi papel consiste en contestar á lo que usted me diga.

ROGER Tiene usted razón. (La mira.) ¡Ay, Dios mío! ¡Qué simpática es usted!... ¡La estaría mirando á usted así días, meses, años!...

JAC. (Maliciosa.) ¡Se impacientaría la señora de Moulin!

ROGER Me tiene sin cuidado... ¡Dios mío, pero qué simpática es usted!

JAC. (Medio esquiva, medio picaresca.) ¡Eso ya me lo dijo usted antes! (Pausa.) Si no se da usted más prisa, la entrevista va á durar mucho tiempo.

ROGER ¡No le importe á usted! Si lo más notable es que no sé por dónde empezar...

JAC. La situación es muy sencilla... Usted tiene una mujer.

ROGER Sí.

JAC. Una mujercita amable...

ROGER ¡Sí!

JAC. ¡No tonta!
ROGER ¡No!
JAC. Que no le permitió á usted nunca...
ROGER Sí, digo no, no he tenido esa suerte.
JAC. Después de una separación de un año, usted la encuentra de nuevo...
ROGER (Pendiente de los labios de Jacobina.) ¿Y...?
JAC. ¿Qué tiene usted ganas de decirla?
ROGER Yo... no sé, no sé qué decirla á usted. (Jacobina vuelve el rostro esquiva.) ¿Y sabe usted por qué estoy torpe é inepto? (Muy emocionado.) ¡Pues porque estoy verdaderamente emocionado!
JAC. (Contenta.) ¿Sí?
ROGER (Animándose.) Estoy emocionado desde que entré aquí, desde que la estreché en mis brazos, desde que usted me tuteó, desde que la doncella llevó mi equipaje a su cuarto de usted... ¡Sí, desde entonces estoy verdaderamente emocionado!... ¡Más aún, estoy loco!...
JAC. ¡Muy bien!
ROGER ¿Cómo?
JAC. ¡Repito que muy bien, ya está usted en su papel!
ROGER (Con entusiasmo.) ¿Pero acaso no es todo esto verdad? Al fin y al cabo usted es mi mujer y yo soy su marido, y la comedia que estamos representando es real.
JAC. ¡Va usted perfectamente!
ROGER (Apasionadamente.) Yo ignoraba que tenía una mujercita tan linda, tan espiritual, tan hechicera... Comprendo que he sido un loco al no haberlo visto antes, pero aun creo que es tiempo de que podamos ser dichosos, muy dichosos...
JAC. (Algo emocionada.) ¡Va usted perfectamente! ¡Eso es!
ROGER (Cogiendo su mano y acariciándola.) ¡Qué mano tan bonita!...
JAC. (Medio incomodada y medio contenta.) ¡Ah!
ROGER (Acariciándola y besándola.) ¡Esta mano, estos ojos!...
JAC. (Más contenta que incomodada.) ¡Já, já!

ROGER (Inclinado sobre el rostro de Jacobina.) ¡Jacobina, la amo á usted! ¡La adoro!... (Trata de besarla, ella se aparta de él y entonces Roger la coge violentamente de un brazo.)

JAC. ¡No! ¡No! ¡Se lo prohibo á usted! ¡Se lo prohibo á usted! (Se resiste tenazmente.)

ROGER (Abrazándola.) ¡Jacobina, te amo, te adoro locamente! (Atrayéndola hacia sí.)

JAC. (Resistiéndose.) ¡No! ¡No! (Con voz débil posando su cabeza sobre el pecho de Roger.) ¡Por Dios, Roger!...

ROGER ¡Te amo, Jacobina, te amo!

ELENA (Dentro.) No se oye nada... Quiero entrar. (En este momento se oye golpear en la puerta de la primera derecha, donde se halla Elena.)

JAC. (Apartándose de Roger.) ¡Oye usted! (Se oye ruído de voces.)

BIEN. (Dentro.) ¡Señora, yo le ruego á usted!...

ELENA (Furiosa, dentro.) ¡Le repito que quiero entrar! (La discusión continúa.)

JAC. (Agitadísima.) ¡Ah, la señal! (Se dirige rápidamente hacia el cordón de la campanilla, pero Roger la cierra el paso. Cambia ella bruscamente de dirección y corre hacia la puerta de su alcoba, se interpone Roger y entonces ella rápidamente, da una vuelta alrededor del sofá, logra burlarle, y se mete apresuradamente en su cuarto, cerrando y corriendo el cerrojo. Roger trata en vano de entrar tras ella y al ver que entran Elena y Bienaimé, por la primera derecha, huye como nn rayo por la segunda izquierda. En el mismo instante fuerte campanillazo.)

ESCENA XXVI

BIENAIMÉ, ELENA, después los CRIADOS

La puerta de la primera derecha se abre violentamente y Elena penetra furiosa, seguida de Bienaimé

ELENA (Quedándose estupefacta.) ¡Nadie!

BIEN. (Con extrañeza.) ¿Nadie?...

ELENA (Mirando á su alrededor.) ¡Se han ido! ¿Dónde estarán?... (De repente mirando hacia la puerta de

la alcoba de Jacobina.) ¡Ah! (Precipítase vivamente hacia la puerta de la primera izquierda, que trata en vano de abrir.) ¡Cerrada!

BIEN. ¡Eh!

ELENA ¡Con cerrojo! (Golpeando la puerta. Aparecen los Criados.)

BIEN. (Tratando de calmarla.) ¡Los criados!... ¡Yo suplico á usted! .. ¡Cálmese, por Dios! (Elena en el colmo del furor lanza gritos nerviosos y dá puñetazos y puntapiés en la puerta.)

ELENA ¡Oh! ¡yo me ahogo... yo!.. (Cae desmayada en el sofá; Bienaimé, Rosalía y Bautista la auxilian.)

BIEN. (A los Criados.) ¡Está loca! ¡Agua! ¡Vinagre! ¡¡Eter!! (Toda este escena sumamente rápida. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

BIENAIMÉ y ROGER

Las cortinas están caídas cuando se levanta el telón y la habitación se halla medio á oscuras

BIEN. (Entrando de puntillas por la segunda derecha.) ¡Por fin se ha dormido! ¡Dios mío, qué noche!... (Atraviesa de puntillas la escena y se acerca á la puerta de la alcoba de Jacobina, donde escucha.) ¡Nada...! ¡No se oye nada! (Levanta las cortinas, ve que ha amanecido y abre el balcón.) ¿Dónde se habrá metido? (Llamando.) ¡Roger! ¡Roger! (Escucha nuevamente en la puerta de Jacobina.)

ROGER (Por la segunda izquierda; con el chaleco desabrochado, la corbata deshecha, despeinado y tiritando. Estornuda, después se suena.)

BIEN. (Se vuelve y le ve.) ¡Ah! ¿Eres tú? ¿No te has acostado?

ROGER (Tristemente.) No. He pasado la noche en el jardín y me he constipado. (Estornuda de nuevo.)

BIEN. (Se aproxima á él, le mira y exclama levantando los brazos.) ¡Estamos divertidos!

ROGER ¡A quién se lo cuentas! ¡Supongo que habrás pasado un rato terrible con Elena!

BIEN. ¡Y tan terrible! ¡Nunca pude imaginar que á una mujer le diesen cinco ataques de nervios consecutivos!

ROGER (Compasivo. Sentándose en el sofá.) ¡Pobrecita! ¡Pobre...! (Estornuda.)

BIEN. Me aturdía con sus gritos y durante los ataques arañó horriblemente en las manos y en los brazos á la criada.

ROGER ¡Pobre muchacha!

BIEN. ¡Aquello era espantoso! Quería matarse...

ROGER ¡Siempre dice eso, no hagas caso!

BIEN. Bautista fué á buscar al médico, quien la administró un calmante, después la acostaron en la cama. (Señalando á la primera derecha.) ¡Y Dios quiera que duerma aún!

ROGER ¡Ojalá!

BIEN. ¡Qué escándalo! Los criados no comprendían nada. ¡En buen compromiso nos has puesto á todos!

ROGER ¡Y todo por culpa tuya!

BIEN. ¿Por culpa mía?

ROGER Sí. (Se levanta y pasa junto á la mesa de la derecha.) Me acometió el vértigo. Me dejaste sólo con esa mujer encantadora, porque verdaderamente es una mujer encantadora, ¿no es verdad?

BIEN. Sí!

ROGER Que á la vez es mi mujer... ¡Supongo que eso no me lo negarás!

BIEN. ¡No, hombre, continúa!

ROGER Todo marido debe alguna consideración á su esposa y sobre todo á una esposa tan angelical. Como la comedia que estábamos representando era real, te confieso francamente que llegué á posesionarme de mi papel. En el momento en que yo estaba verdaderamente en situación, se le ocurrió á Elena aporrear la puerta. Y ante la gravedad de las circunstancias ella se metió en su cuar- y yo, desesperado y loco, huí al jardín en donde al cabo de media hora, y como la noche estaba tan húmeda, me acometió, súbitamente, un gran remordimiento...

BIEN. (Riendo, se levanta.) ¡Remordimiento!

ROGER Sí, allí me dí cuenta de la bajeza de mi conducta. (Sentándose en el sofá.) Yo soy de esos hombres que siempre se dan cuenta de la bajeza de su conducta... media hora después. Recordé que me había portado villanamente con la pobre Elena, una mujer que me adora y á quien estimo, jurando amor eterno á una mujer que me gusta y á quien también adoro. Entré en esta habitación, pero al aproximarme ahí, (Señalando á la primera derecha.) oí gritos, sollozos, y comprendí que Elena estaba con el ataque.

BIEN. ¿Por qué no entraste?

ROGER Porque cuando Elena está con el ataque no me queda más recurso que echar á correr. Un ataque de Elena es á lo que más temo en el mundo. Además, yo necesitaba respirar aires puros y me estuve paseando por el parque dos horas y pico hasta que sentí frío y quise entrar de nuevo aquí; pero todo estaba cerrado. (Estornuda.) ¡Qué situación tan delicada!

BIEN. ¡Sumamente difícil!

ROGER ¡Sin solución!

BIEN. Siempre hay una.

ROGER ¿Qué quieres que haga con dos mujeres? ¡Ni el propio Salomón sabría arreglar este asunto!

BIEN. (Aproximándose á Roger.) ¡Lo peor es que tú no eres Salomón! En fin, creo que la misma Jacobina te sacará del atolladero. Comprenderá que tus disculpas son justas y que tú mismo eres incapaz de saber dos minutos seguidos lo que piensas. Con certeza, que á estas horas estará furiosa contigo y consigo misma.

ROGER Conmigo... ¿por qué?

BIEN. ¡Te has portado muy mal con Jacobina!

ROGER Sí; pero no tan mal como con Elena. Cuando pienso que esa pobre ha arriesgado su propia reputación y la salud de su tía Elisa, recorriendo durante un año medio mundo á costa mía...

BIEN. ¿Luego tú opinas que estás unido á Elena para toda la vida?

ROGER Sí; eso es lo más terrible...

BIEN. ¿Qué?

ROGER Para la pobre Jacobina, á quien también he jurado que la adoro.

BIEN. ¡No tienes corazón!

ROGER ¿Que no tengo corazón y quiero á dos?

BIEN. ¿Pero pretendes tener dos mujeres?

ROGER (Con naturalidad.) ¡Ojalá!...

BIEN. (Indignado.) ¡Roger!

ROGER (Rectificando vivamente.) Que ojalá si de esa manera se arreglase el asunto (Sorpresa de Bienaimé.) á gusto de todos, naturalmente.

BIEN. ¡Silencio!

ROGER ¿Qué?

BIEN. Me parece que oigo ruido en la habitación de Jacobina. (Aproximándose á la puerta de la primera izquierda y escuchando.)

ROGER (Con emoción.) ¡Pobrecita!

BIEN. (Señalando á la alcoba de Jacobina.) ¡Pst! ¡No hay duda! ¡Alguien anda ahí!

ROGER ¡Diantre! Me voy á tu cuarto... Habla á Jacobina... Dile que estoy abrumado, que estoy dispuesto á todo lo que ella quiera... pero que Elena querrá marcharse de aquí y que yo me veré obligado á seguirla... En fin, háblala... sácame del compromiso.... (Vase segunda derecha.)

ESCENA II

BIENAIMÉ, solo; después JACOBINA

BIEN. ¡Hablar á Jacobina!... Como si la cosa fuera fácil... (Escucha en la puerta; llama despacito.) ¡Jacobina! ¡No contesta! (Llama de nuevo.) ¡Jacobina, hija mía!... (Llama más fuerte.)

JAC. (Dentro, con voz natural.) ¿Quién es?

BIEN. (Con voz cariñosa, como queriéndola tranquilizar.) Soy yo, hija mía, tu padrino.

JAC. (Por la primera izquierda, con el mismo peinador del acto anterior, aparece en el dintel muy tranquila y

dueña de sí misma. Mira á su alrededor, sube hacia el balcón y después baja al proscenio. Bienaimé la mira asombrado.) ¿Dónde está?

BIEN. ¿Roger? Tu...?

JAC. Sí... mi marido,

BIEN. Se ha ido á mi cuarto; como ha pasado toda la noche en el jardín...

JAC. (Rápidamente.) ¿Pero está malo?...

BIEN. (Desconcertado.) No. ¡No lo está! (Jacobina baja los ojos; cogiéndola cariñosamente de una mano y conduciéndola al sofá.) Ven, siéntate. (Sentándose junto á ella.) Lo siento por tí. He visto á Roger, comprende que se ha portado contigo muy mal y desea hacer cuanto pueda por calmar tu justo enojo.

JAC. ¡Padrino, pero si yo no estoy incomodada con él!

BIEN. Se halla verdaderamente arrepentido, comprende que ha faltado á lo convenido y para evitar una despedida penosa se irá hoy mismo.

JAC. (Con voz alterada.) ¿Irse? ¿Le ha dicho á usted que quiere irse?

BIEN. Sí, y hay que confesar que obra con prudencia. Tú no volverás á ver á la señora de Moulin. Se irán juntos.

JAC. ¿Juntos?... Padrino, yo no quiero que se vaya Roger. ¡No quiero!

BIEN. ¿Por qué?

JAC. ¡Porque él no se halla en estado de viajar!

BIEN. No veo la causa.

JAC. ¿No ha observado usted lo delicado, lo nervioso que está?

BIEN. Confieso que no...

JAC. Me da mucha lástima. Los hechos prueban que Elena no le cuida bien.

BIEN. No sé por qué.

JAC. Si hubiera viajado en mi compañía, ¿cree usted que le parecería insoportable el viaje? ¿Se encontraría en el estado de ánimo en que hoy se halla? ¿Tendría que tomar bicarbonato de sosa en las comidas?... ¿Padecería gastritis? ¿Se hubiera quedado sin ver Venecia? ¿Padezco yo acaso de reumatismo?

¿Le exigiría yo ver al Papa? ¿Me he dislocado yo algún tobillo? ¡Es una mujer insoportable! ¡Cuando se ama á un hombre, no se le lleva á través de Europa como si fuera un fardo! ¡Eso es indigno!

BIEN. ¡Me parece que vas demasiado lejos!

JAC. ¿Demasiado lejos?... ¡Si parece un enfermo crónico! ¿Y sabiendo todo esto, le voy á dejar que se vaya con esa harpía? ¡Sería una mala acción!... Y se si fuera, ¿qué va á ser de mí? Sola todo el santo día...

BIEN. Así has pasado un año.

JAC. ¡Pero desde ayer han cambiado las circunstancias! ¿Cree usted que voy á permitir que se case con esa viuda americana?

BIEN. ¿Y por qué lo vas á impedir?

JAC. Porque... (Con súbita resolución.) ¡Porque le amo, padrino, porque le amo!

BIEN. (Con fingida sorpresa.) ¿Tú amas?...

JAC. ¡Sí, á Roger, á mi marido, le amo!

BIEN. ¿Desde cuándo?

JAC. ¡Lo ignoro! La primera vez que le ví, me pareció un joven simpático. El día de mi boda, me sentí profundamente humillada por su desdén, al ver que no reparaba en mí y después me he habituado á pensar á solas y continuamente en Roger. (Cogiendo la mano de Bienaimé entre las suyas.) ¡Padrino, no se ría usted de mí! es hermosa y yo no, soy una locuela, pero Roger es mi marido y le amo, le amo, le amo! (Se echa á llorar.)

BIEN. (Queriéndola tranquilizar.) Ten juicio, Jacobina, ¿cómo vas á impedirlo?

JAC. (Levantando la cabeza.) ¿Roger está dispuesto á irse por cumplir con su deber?

BIEN. Sí.

JAC. Bueno. (Reflexiona.) Puesto que se va á ir... (Dirigiéndose hacia la alcoba.)

BIEN. (Deteniéndola.) ¿Qué vas á hacer?

JAC. ¿Qué voy á hacer? Soy mujer, y contando con la ayuda de usted, yo sabré impedirle que se vaya. (Vase primera izquierda.)

ESCENA III

BIENAIMÉ, ROGER, después ELENA

BIEN. (Mirando tras ella.) Es muy capaz de salirse con la suya. Y además, yo la ayudaré. ¡El señor Vincent me va a servir al efecto!

ROGER (Por la segunda derecha; que se ha vestido bien.) ¿La has hablado?

BIEN. Sí.

ROGER ¿Y qué te ha dicho?

BIEN. Ante todo una pregunta: ¿Qué es lo que estás resuelto á hacer en definitiva?

ELENA (Dentro.) Deje usted; yo misma le buscaré.

ROGER (Observando que Elena va á entrar.) ¡Pst! ¡Aquí viene Elena!

BIEN. Te dejo. (Hace ademán de irse.)

ROGER (Sujetándole.) ¡No te vayas, por Dios santo! ¡Quédate!

ELENA (Por la primera derecha, viendo á Roger.) ¡Ah!

BIEN. Señora, ¿está usted mejor?

ELENA (A Bienaimé.) Sí, gracias. ¡No ha debido usted dejarme dormir tanto! (A Roger.) ¿Está usted aquí?

ROGER (Temeroso.) Sí, querida Elena.

ELENA (Con odio.) ¡Infame!

ROGER Elena, yo la ruego...

ELENA (Idem.) ¡Pillo!

ROGER (A Bienaimé.) Dila algo.

BIEN. Señora de Moulin...

ELENA (Severamente.) ¡Cállese usted! (A Roger.) ¡Perjuro! Es usted un hombre despreciable. Cuando pienso en la forma en que usted me ha engañado, á pesar de que por usted he sacrificado mi salud, mi reputación, la paz de mi espíritu y todo por esa chicuela, por esa loca...

BIEN. Tenga usted prudencia, que ella está ahí, y si la oyera...

ELENA ¿Y á mí qué me importa? ¡Ahora mismo le voy á decir unas cuantas verdades! (Se precipita hacia la alcoba de Jacobina.)

ROGER ¡Usted no hará semejante locura!

ELENA ¡Ya lo creo que la haré!

BIEN. (Interponiéndose.) Necesita usted aun su concurso.

ELENA (Con extrañeza.) ¿Yo?

BIEN. A no ser que prefiera usted perder la herencia de Roger y que éste se quede sin un céntimo.

ROGER (Conciliante.) ¡Tienes razón!

ELENA ¡Cállese usted, miserable! (A Bienaimé; con rabia.) ¿Luego estamos en manos de esa mujer? (Se sienta en el sofá, dando muestras de que le va á dar un ataque de nervios. Ambos tratan de calmarla.)

BIEN. ¡Calma, señora, calma!

ROGER ¡Elena, tranquilícese usted!

BIEN. (Con intención.) No quiero pensar si Jacobina se incomoda ahora y se negara... (Insidiosamente.) Ya teníamos lo menos para dos ó tres años más.

ELENA (Despavorida y furiosa.) ¡Tres años!

BIEN. No es mucho. ¡La incompatibilidad de humor! Ahora es el único medio de divorcio que se me ocurre para salir del apuro. Mientras tanto, pueden ustedes reanudar sus viajes...

ELENA (Indignada.) ¿Reanudar nuestros viajes?

ROGER (Aterrado.) ¡Viajar de nuevo! (Se deja caer abrumado en una silla.)

BIEN. (Insidioso, prosiguiendo su idea.) Aun hay muchos países interesantes que ustedes no han visitado todavía... El Japón, la India, los Estados Unidos...

ROGER (Sin convicción.) Ciertamente, podríamos...

ELENA (Exasperada.) ¿Y le parece á usted bien que nos vayamos á los Estados Unidos?

BIEN. ¡La nación en que es más fácil el divorcio!

ELENA (A Roger.) ¡No tiene usted corazón! ¡Sabiendo lo mal que me sienta el mareo!

ROGER (Nervioso.) ¡Lo mismo nos pasa á todos!

ELENA ¡Cuando pienso que abandoné al señor Vincent por usted! ¡El sí que me amaba!

BIEN. (Junto á ella, con amabilidad.) ¡Y aun está loco por usted!

ELENA (Vivamente á Roger.) ¡Y aun está loco por mí! (A Bienaimé.) ¿Cómo lo sabe usted?

BIEN. Me visitó hace poco en París para preguntarme sus señas.

ELENA (A Roger.) ¿Lo oye usted? Roberto le ha preguntado por mí, me adora aún...

ROGER (Perdiendo la paciencia.) Pues si le corresponde usted, ¿por qué no va y se casa con él?

ELENA ¡Cosas más difíciles han sucedido! Después de todo, es un hombre distinguidísimo.

BIEN. (Idem.) ¡Y con una fortuna colosal! ¡Sus negocios no pueden ir mejor!

ELENA (A Roger.) ¿Acaso cree usted que es el único hombre que hay en el mundo?

ROGER (Incomodado.) ¡No me pongan más nervioso de lo que estoy! ¡Después que me has obligado á casarme, ahora no puedes soportar una situación que tú, (Por Bienaimé.) y solo tú has creado!

BIEN. (Con fingida sorpresa.) ¿Yo?

ROGER ¿No te empeñaste en que me quedara solo con ella?

ELENA ¡Eso es verdad!

ROGER (Prosiguiendo nervioso.) Antes no se me había ocurrido hacer el amor á Jacobina, me era completamente indiferente. Tú dijiste: ¡Es un hombre rico, joven, ilustrado... Abusemos de su ignorancia... y la arrojaste en mis brazos!

ELENA ¡Cierto, completamente cierto! Si anoche me hubiera dejado entrar, no hubieran llegado las cosas hasta el punto que llegaron!

ROGER ¡Naturalmente que no!

BIEN. ¿De veras?

ELENA ¡Hay que confesar que no estuvo usted muy afortunado aconsejándole en ese sentido!

BIEN. Señora, ¿de veras?

ROGER ¡Mejor hubiera sido que te callaras!

BIEN. (Fingiendo indignación.) ¿Saben ustedes lo que les digo?... ¡Que se las arreglen ustedes como puedan! (Vase por la segunda derecha pegando un portazo.)

ESCENA IV

ROGER y ELENA

Cuando vase Bienaimé, Elena se halla de espaldas á Roger; éste trata de llamar su atención, pero ella no repara en él

ROGER ¡Me tiene sin cuidado! (Vuelve ella la cabeza; él se vuelve azorado.) Le he dicho absolutamente todo lo que piensa usted de mí, (Rectificando.) digo, de él. En cuestiones amorosas, no debe mezclarse ningún extraño, porque, mire usted, Elena, las cuestiones amorosas... (Buscando.) ¡son cuestiones amorosas! (Movimiento de Elena.) ¡Si usted dudara de mi cariño, sería como si Venus no creyera en el amor, como si Baco renegara de la embriaguez!...

ELENA (Nerviosa.) ¡Déjeme usted de mitologías!

ROGER ¡Ahora que se ha ido, júreme usted, Elena, que aún me ama! Usted es una mujer inteligente... muy inteligente, y además... no es usted testaruda. (Solemne.) ¡Elena, júremelo usted!

ELENA ¡Lo juro, siempre y cuando que salgamos de esta casa inmediatamente!

ROGER Bueno. Pero prométame que no reñiremos más por...

ELENA ¡Eso ya veremos! Yo necesito hablar de nuevo con Bienaimé, respecto al divorcio. Ocúpese usted de su maleta, mientras mando por un coche, un automóvil, ¡lo que encuentre!

ROGER ¿Cuándo sale el tren?

ELENA Dentro de tres cuartos de hora. Tiempo suficiente para que arregle usted el asunto con esa mujer. Ofrézcala usted dinero, no quiero tenerla que agradecer nada. (Se dirige hacia la puerta.)

ROGER (Siguiéndola.) Elena, ¿se va usted así? (La besa la mano.)

ELENA Dese usted prisa. (Al público, con despecho, al

tiempo de irse por la segunda derecha.) (¡Cuando yo sea Baronesa de Gardannes, ya me las pagará todas juntas!) (Vase.)

ESCENA V

ROGER. Después JACOBINA

ROGER (Solo.) He salido mejor librado de lo que yo presumía. Vamos por la maleta... ¡Diantre, ahora me acuerdo que está en el cuarto de Jacobina! ¡Siento tener que hablar con ella antes de irme... y por otra parte, si no me despidiera, lo sentiría también! El tenerme que ir, me fastidia por dos razones: La segunda porque Elena estará de un humor de perros y el viaje va á ser insoportable, y la primera y principal, es que... ¡pobre muchacha! ¡tan simpática!... (Llama en la puerta de la primera izquierda.)

JAC. (Dentro) ¿Quién?

ROGER Soy yo, Roger.

JAC. (Idem.) ¡Ah! (Pausa.) ¡En seguida estoy!

ROGER ¿En seguida estoy? ¡Luego me esperaba! ¡Dios mío, que no se eche á llorar y me arme un escándalo como la otra!

JAC. (Por la primera izquierda, muy tranquila y dueña de sí misma, algo souriente. Lleva puesto un sombrero, guantes y un abrigo elegante de viaje; además un saquito, unas llaves y una escritura.) Siento mucho haberle hecho esperar.

ROGER (Mirándola asombrado.) ¿Haberme hecho esperar?

JAC. Pero tenía que dar las últimas órdenes á los criados. Ahora todo está listo. (Deja el saquito en el sofá.)

ROGER (Idem.) ¿Todo está listo?

JAC. Sí. He hablado hace un instante con Bienaimé, y me ha dicho los escrúpulos que usted siente y que le honran. Mi puesto no está aquí.

ROGER (Idem.) ¿Qué?

JAC. ¡Despachemos cuanto antes! (Coge y mira la «Guía de ferrocarrile.») Sólo dispongo de media

hora. En primer lugar, aquí tiene usted las llaves.

ROGER (Estupefacto.) ¿Las llaves?

JAC. Sí. (Se las da.) La mayor es la llave de la bodega; (Representando.) esta otra es la de la verja del jardín, aunque ordinariamente es el jardinero quien cierra. Esta otra es la de la casa.

ROGER ¿Esta pequeña es..? (Señalando á su habitación.)

JAC. Sí Las demás están en las puertas. Aquí tiene usted la escritura de venta de la villa, á favor de usted. (Dándosela.) No he tenido tiempo de recoger todo lo que me pertenece, pero ya está advertida Rosalía y ella me lo enviará. ¡Ah, se me olvidaba! En el piso principal hay una alcoba preciosa que da al lago. Pero yo aconsejaría á la señora de Moulin que no la habitara, porque esa habitación es muy húmeda. Y como la señora de Moulin padece de reuma, me parece conveniente advertírselo. (Ligero suspiro.) ¡Ay!

ROGER (Suspirando fuertemente.) ¡Ay! Bueno. ¿Quiere usted decirme á qué viene todo esto?

JAC. (Mirando á su alrededor.) ¡Todo está en poder de usted, las llaves, la escritura de venta!... No se me ha olvidado nada. Y ahora... (Tendiéndole la mano.) ¡Adiós!

ROGER ¿Se va usted?... ¿Habla usted en serio?

JAC. En serio y muy en serio.

ROGER Pero si quien se va soy yo.

JAC. Y yo también. No puedo permanecer un instante más en esta casa que ya no es mía.

ROGER Pero si yo se la he regalado á usted.

JAC. Cierto, pero con una condición que usted no ha cumplido.

ROGER ¡Razón de más para que se quede usted con ella!

JAC. ¡No, porque la generosidad de hace un año podría llamarse hoy galantería! Y si la acepté fué en la creencia de que usted sería en absoluto un extraño á ella.

ROGER El barón de Gardannes es, ante todo, un hombre generoso...

JAC. (Vivamente.) ¡Pero yo no puedo permitir que

digan que ha tenido esta clase de generosidad conmigo!

ROGER ¿Luego usted rehusa?

JAC. (Con convicción.) Todo, absolutamente todo, incluso mi dote. No puedo aceptar nada de usted.

ROGER (Protestando.) ¡Oh, Jacobina, me da usted mucha lástima! ¡Yo quisiera haber hecho algo por usted!

JAC. ¡No piense usted en mí, sino en la señora de Moulin!

ROGER ¡Bastante piensa ella en sí misma!

JAC. Es natural. Recuerde usted lo que la pobre está sufriendo.

ROGER ¿Cree usted que ella sufre?

JAC. ¡Ya lo creo! Anoche le dieron cuatro ataques seguidos de nervios.

ROGER (Vivamente.) ¡Cinco!

JAC. ¡Quién sabe si dentro de una hora le dará otro!

ROGER ¡A quién se lo dice usted!

JAC. Si la diera el sexto ataque de nervios en el tren, no podría usted prodigarla los cuidados necesarios. ¿Ha pensado usted en esto?

ROGER ¡Sí, ya me ha ocurrido! Atravesando el túnel de San Gotardo, la dió un ataque y tiró del timbre de alarma; se detuvo el tren y por poco no nos asfixiamos todos los viajeros.

JAC. (Sonriendo á su pesar.) ¿De veras?

ROGER ¡Sí! ¡Nos quisieron meter en la cárcel y me costó de multa cinco mil francos!

JAC. ¿Y si cayera enferma en un hotel y se agravara? (Quiere coger su saquito de viaje, pero él se lo impide.) Mejor estará aquí y más tranquila hasta que se reponga... Necesita usted cuidarla noche y día.

ROGER ¡Si Elena no está enferma! ¡Si hubiera usted visto el escándalo que acaba de armarme!

JAC. ¡El dolor que la ciega!

ROGER ¡Qué dolor ni qué narices, la rabia!

JAC. ¿Cómo se atreve usted á hablar así de una mujer tan prudente cómo la señora de Moulin?... (Mueca de Roger.) ¿No tiene buen carácter...? (Roger silba entre dientes, de rabia.) ¡Cual-

quiera que viera á usted creería que era una mujer insoportable! ¡Las hay así, pero ordinariamente es porque son muy nerviosas! ¡No creo que diga usted que es una mujer de esta clase! (Roger silba más fuerte aún.) ¿Lo cree usted acaso? (Pausa.) Sí, lo cree usted. ¡Bien sabe usted que la señora de Moulin no es amiga mía, pero permítame usted que me asombre cuando así habla usted de ella, de la mujer con quien se va á casar!... ¡Dios mío, qué cosas no dirá usted de mí!

ROGER ¡Usted es una mujer tan diferente, tan, tan...!

JAC. (Mirándole significativamente.) ¡Creo que usted tiene una falsa idea de mí!

ROGER (Protestando.) ¡No... no!

JAC. Si usted viviese quince días nada más en mi compañía, seguramente echaría usted de menos á la señora de Moulin...

ROGER (Protestando.) ¡Crea usted que no!

JAC. Yo no poseo ninguna de las brillantes cualidades que le atraen á usted hacia la señora de Moulin.

ROGER (Idem.) ¡Pero usted tiene otras!

JAC. No me incomodo nunca. No lloro, no armo escándalos, soy, por naturaleza, apacible y cariñosa.

ROGER ¡Eso me gusta á mí!

JAC. Y ni remotamente sé lo que son celos... ¡No, créame usted, le sería imposible incomodarse conmigo, echaría usted mucho de menos las infinitas variaciones y arrebatos, y, sobre todo, los ataques de nervios de la señora de Moulin!

ROGER (Con convicción.) ¡Crea usted que no!

JAC. ¡Ella es la mujer que usted necesita! Dada la clase de hombre que es usted, usted perdería...

ROGER Crea usted que yo no perdería nada...

JAC. (Mirando su reloj y cambiando de tono.) Pero yo voy á perder el tren.

ROGER (Tomando de pronto una resolución.) ¡No, no quiero que usted se vaya!

JAC. (Cerrando el saquito que Roger tiene en las manos.) Sí, es indispensable. Debemos despedirnos,

franca y cariñosamente, sin pena; nunca más nos volveremos á ver. (Deja el saquito en el sofá y estrecha la mano de él.) Hasta ayer no fuí á sus ojos más que un compás de espera, un puente provisional, la pasadera entre usted y su futura esposa. Olvídeme usted, amigo mío, y que sea usted muy feliz con la señora de Moulin.

ROGER ¡Jacobina!

JAC. ¡Adiós, y piense usted en Elena!

ROGER ¡Pues, ea, no quiero!... ¡No pienso más que en usted! (Ella intenta irse, pero él se interpone y la coge el saquito de pronto.) ¡Usted no se irá!

JAC. ¿Está usted loco? ¡Déjeme usted pasar!

ROGER ¡De ningún modo! ¡La sola idea de que una criatura tan simpática como usted se sacrifique...!

JAC. ¡Oh!

ROGER ¡Elena no vale ni la décima parte que usted! ¡No, no! ¡Usted me ha convencido en absoluto! ¡Ha tratado usted de probarme que nosotros no hemos nacido el uno para el otro, y me ha demostrado usted precisamente todo lo contrario!... ¡Quítese usted los guantes!

JAC. (Quitándose los guantes un poco con las manos en las espaldas.) ¡De ninguna manera!

ROGER ¡Le repito á usted que se quite los guantes! (Se los quita.)

JAC. ¡No quiero, de ningún modo! (Dejándoselos quitar.)

ROGER (Prosiguiendo.) Ha tratado usted de probarme que la señora de Moulin es mejor que usted, y me ha demostrado usted lo contrario! (Coloca los guantes en el sofá.) ¡Quítese usted el sombrero!

JAC. (Quitándose á escondidas el punzón del sombrero.) ¡No quiero! ¡No quiero!

ROGER (Febrilmente.) Repito á usted que se quite el sombrero! (Se lo quita y lo deja en el sofá.) ¡Ha tratado usted de probarme que mi deber era... era no ser feliz, y se ha equivocado usted completamente! ¡Quítese usted el abrigo!

JAC. ¡De ningún modo, sea usted razonable! (Mientras tanto se lo desabrocha sin ser vista por Roger.)

ROGER (Con imperio.) ¡¡Le repito á usted que se quite el abrigo!! (Se lo quita.)

JAC. (Se resiste débilmente, apareciendo en un precioso «deshabillé».)

ROGER (Estupefacto.) ¿Pero se iba usted de viaje... con bata?

JAC. (Ingenua y coqueta á la par.) Sí.

ROGER ¿Luego... no era verdad?

JAC. (Idem.) No.

ROGER ¿Entonces... estaba usted representando una comedia?

JAC. (Idem.) Sí.

ROGER ¿Pero... usted tiene motivos...?

JAC. Sí.

ROGER Por consiguiente, Jacobina... (Cambiando de tono.) ¿Usted me ama?

JAC. (Con rubor.) Yo...

ROGER (Insistiendo.) ¡Dime que me amas!

JAC. (Idem.) Sí... (Con pasión.) ¡Te amo!

ROGER (Amorosamente.) ¡Repítelo!

JAC. (Posando su cabeza en el pecho de Roger.) ¡Te amo! (Pausa. Roger mira á su alrededor, como si fuera á besarla. Se oye de repente el ruido de la bocina de un automóvil.)

ROGER (Que estrechaba entre sus brazos á Jacobina, se aparta de pronto de ella y mira por la puerta del jardin.)

JAC. ¿Quién es?

ESCENA VI

DICHOS, ELENA y BIENAIMÉ

ROGER (A Jacobina.) ¡El automóvil de Elena!

ELENA (Dentro.) ¡Roger! ¡Roger!

JAC. (Que ha mirado por la segunda derecha.) ¡La señora de Moulin se dirige hacia aquí!

ROGER ¡Jacobina, huyamos!

JAC. ¡Es inútil, sería demasiado tarde!

ROGER (Dándole precipitadamente su sombrero que ella se pone y ayudándola á ponerse rápidamente el abrigo.)

¡No hay tiempo que perder! ¡Vamos, esposa mía! (Coge su sombrero y su gabán)

JAC. ¡Es inútil! ¡La estación está lejos y ella nos alcanzará antes de que salga el tren!

ROGER (Alegre.) ¡Para eso ha traído ella el automóvil! (Se dirigen ambos precipitadamente y risueños hacia la segunda izquierda.)

ELENA (Dentro.) ¡Roger! ¡Roger! (Entrando por la segunda derecha.) ¡Roger! (Observando con asombro que Roger y Jacobina van á irse por la segunda izquierda.) ¿Se van?

BIEN. (Por la segunda derecha, contempla sonriente la escena.)

ROGER Soltando el brazo de Jacobina y aproximándose á Elena; con convicción.) ¡Sí, con mi mujer, con mi mujer!

ELENA (Desfalleciendo.) ¡Roger! ¡Vincent! ¡El Papa! (Cae desmayada en brazos de Roger.)

BIEN. (Riendo.) ¿Qué vas á hacer?

ROGER (Vacila un segundo, de repente, ve á Jacobina que le le contempla sonriente y exclama de pronto.) ¡Toma! (Arrojando en brazos de Bienaimé el cuerpo de Elena quien gira desde el brazo izquierdo de Roger á los de Bienaimé.)

BIEN. (Estupefacto.) ¡Me he divertido! (Roger y Jacobina desaparecen alegremente por la segunda izquierda. —Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas